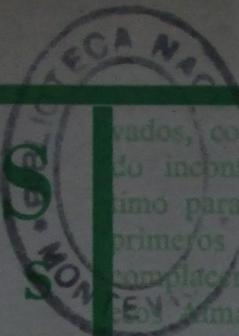


1041

# CUADERNOS DE MERCEDES



enar el rocedo —los pelegos tirados por allí—  
aguantar sus propios pensamientos y el muti-  
lante, buscando las aguadas ocultas tras la  
sombra de eucaliptus. Los animales caminaban

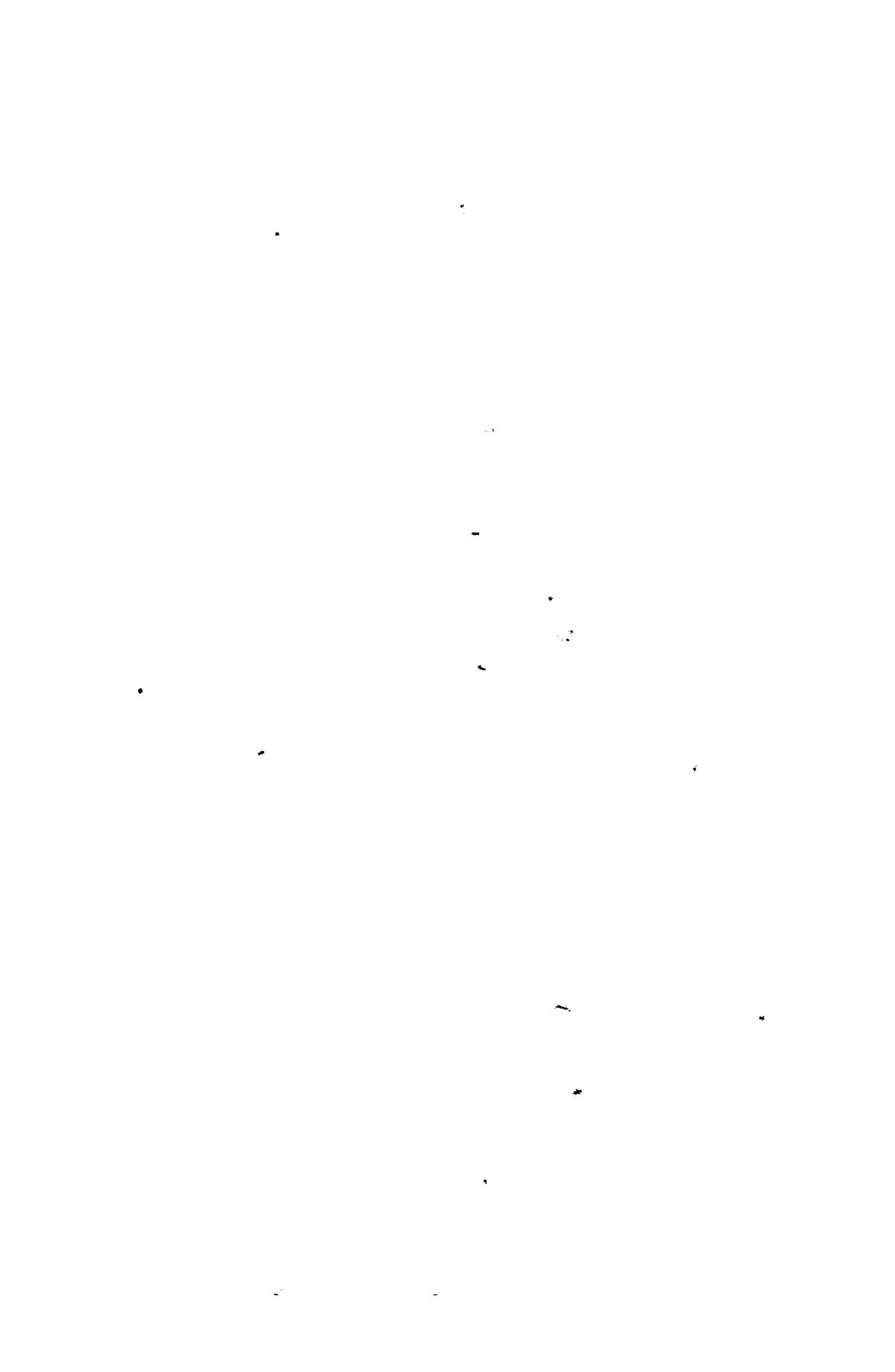
avados, como bordes de conchas. Algo  
inconfesado de conocer la verdad  
mismo para "dejar caer" la pregunta de  
los primeros síntomas del vértigo, ya no se  
complacencia dramática; quiere cono-  
cer la amada que vivieron allí, Pedro y

PUBLICACION  
LITERARIA  
PERIODICA

3

SETIEMBRE - DICIEMBRE  
1963

1041



Nuestro reconocido agradecimiento a las siguientes Instituciones y Bancos locales, cuya generosa y desinteresada colaboración ha hecho posible esta segunda entrega de "Cuadernos de Mercedes".

**Comisión Municipal de Cultura.**

**"Ateneo" de Mercedes.**

**Caja Popular de Fomento**

**Agrícola Ganadero de Mercedes.**

**Banco La Caja Obrera.**

**Banco Comercial.**

**CASA SANTOS**  
En uno del bordes de  
Calle y Rosario Tel. 5

**Casa CALLE & CHAVES**  
Calle y Rosario Tel. 5  
**Manuel y 25 de Mayo - Tel. 551**

**Agencia "EL ONIX"**  
Calle y Rosario Tel. 5  
**Londijo y Flores - Manolo**

**EDGAR A. MUÑOZ**  
Calle y Rosario Tel. 5  
**Manuel y 25 de Mayo - Tel. 551**  
**Manuel y Flores - Manolo**

**MANUEL V. GASTELUMENDI**  
**Exclusiva**  
Manuel y 25 de Mayo - Tel. 551

**FARMACIA PINTOR LIMA**

**Manuel y 25 de Mayo - Tel. 551**

# **CUADERNOS DE MERCEDES**

**Publicación Literaria Periódica**

# **3**

**SETIEMBRE - DICIEMBRE 1963**



# CUADERNOS DE MERCEDES

# 3

	Pág.
WASHINGTON LOCKHART . . . . .	F. Sánchez en Mercedes . . . . . 5
SONIA J. CERVETTI . . . . .	Poema . . . . . 20
CARLOS SARATSOLA . . . . .	La Entrevista . . . . . 29
ANA VICTORIA MONDADA . . . . .	Poemas . . . . . 29
ARIEL MENDEZ . . . . .	El caso Colmoh . . . . . 31
RUBEN YACOVSKY . . . . .	Muchacho 1 . . . . . 36
JORGE MEDINA VIDAL . . . . .	En la Terraza . . . . . 37
ABELARDO ARIAS . . . . .	La novela de escándalo . . . . . 43
MILTON SCHINCA . . . . .	Salvación por el verano . . . . . 46
EUGEN RELGIS . . . . .	Literatura viva . . . . . 48
<b>Homenaje</b>	
JUAN JOSE MOROSOLI . . . . .	Destino . . . . . 51
A. V. M. . . . .	En torno a “Destino” . . . . . 54
Noticia de los autores . . . . .	59

**Directores:** Wáshington Lockhart  
Ana Victoria Mondada

**Redactor Responsable:** Ana Victoria Mondada

**Redacción y Administración:** Eusebio E. Giménez 620  
MERCEDES - URUGUAY

## **FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES**

### **UNA OMISION INVETERADA**

Las biografías de Florencio Sánchez omiten sin excepción toda referencia a la época en que residió en Mercedes. Tal lapso, no mayor de cuatro meses pudiera creerse intrascendente. No lo creyó así, sin embargo, Roberto Ibáñez, quien recogiera nuestra información (publicada por primera vez en "Asir" Nº 19 - 20) y quien destacara en una de sus conferencias el error que suponía atribuirle un abandono inmediato de sus actividades partidarias al terminar la revolución de 1897.

Dicho error venía abonado por los más diversos testimonios. Así, García Esteban ("Vida de F. S.", Ercilla, Santiago de Chile, 1939) afirma que, a raíz de alguna publicación de Florencio Sánchez en "El Combate" de Rivera, su superior Mena lo increpó duramente, en una "escena que dio motivo para que Florencio, separándose de los blancos y de su ascendencia política, diera nuevo curso a su vida". De Santa Ana habría escapado al Brasil y bajado luego a Montevideo, de donde se habría trasladado hasta Rosario. Análoga consideración aparecen en Zum Felde, en Martínez Cuitiño, en Julio Imbert, etc. Se hace mención de su famosa profesión de fe anarquista que expresara en el Centro Internacional de Estudios Sociales. Se le supone, en suma, un desligamiento definitivo del Partido Nacional. Y es con el fin de restablecer la verdad en ese punto que escribimos este artículo sobre el pasaje de la vida de Florencio que ha resultado más reiteradamente desconocido.

### **RAZON DE SU VENIDA A MERCEDES**

Lo indudable es que Sánchez mantuvo durante algún tiempo más una vinculación efectiva con la tendencia política que había heredado de sus padres. Y aunque en las "Cartas de un flojo", y en sus artículos de "El Combate", y en sus posteriores demostraciones literarias en Montevideo, dejó traslucir claramente, y hasta con su característica mordacidad, el desprecio con que enjuiciaba al caudillismo y su creciente adhesión a los bagos ideales anarquistas que entonces exaltaban a tantos intelectuales de Montevideo, en mayo de 1898,

## Cuadernos de Mercedes

a un año casi de concluído el movimiento saravista, acepta hacerse cargo de la dirección de "El Teléfono" (y no "El Telégrafo", como por error apareciera en el mencionado número de ASIR), aquel periódico que fundara José R. Gorostizaga en 1891 y cuya dirección compartiera hasta 1895 con su propietario, el librero Reilly.

Figuró como su primer redactor responsable el ilustre Fernando Beltramo, a quien sucedieron Camilo Ferreira, Florentino López, Federico Castellanos, Gorostizaga y Julio Pérez Elis. "El Teléfono" mantuvo una posición independiente, hasta el día en que el Partido Nacional lo tomó a su cargo y puso a su frente a Florencio Sánchez.

### DIRECTOR DE "EL TELEFONO"

Sánchez empieza a figurar como "Director Redactor" en el N° 1.105, Año VIII, aparecido el 1º de junio de 1898. Su actuación al frente del periódico se prolongó hasta el 20 de setiembre del mismo año, o sea durante un lapso de tres meses y veinte días, totalizando cincuenta números aparecidos trisemanalmente. La numeración 1.105 es seguramente efecto de un error tipográfico, pues los ejemplares posteriores aparecen con numeración más baja.

Sánchez debió hacerse cargo casi totalmente, como era entonces usual, de la redacción de las distintas secciones del periódico. En formato de 60 x 40, a cinco columnas, dedicaba la primera a telegramas, el resto de la primer página a noticias y comentarios diversos, material que se extendía a la segunda página, en donde solían intercalarse las crónicas teatrales y policiales, las notas sociales y alguna expresión literaria que Florencio Sánchez volvió casi permanentemente. Las dos últimas páginas se dedicaban íntegramente a la publicidad.

Ya en su primer artículo, titulado "¡A inscribirse, corregionalistas!", Sánchez se situó dentro de las más estricta línea partidaria, haciéndolo con efusividad y mesura al mismo tiempo. "Tenemos que hacer pública una enérgica censura a la mayoría de los corregionalistas del departamento —comienza el artículo— por la indiferencia con que han mirado hasta ahora la inscripción en los Registros, el acto de más capital importancia en este gran movimiento de restructuración cívica en que deben estar empeñados todos los ciudadanos amantes de la felicidad del país". Su actitud se compagina bien con su repudio a los recursos belicosos, y revela su fe en una salida legal de la situación en que se vivía.

Pero no es en tales artículos, dictados sobre todo por las ne-

## Washington Lockhart - FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES

cesidades, más o menos impuestas, de la estrategia partidaria, en donde habremos de rastrear las evidencias más significativas del espíritu de Florencio, sino en sus crónicas teatrales, o en sus artículos de ocasión, y en alguna otra expresión literaria que incluyera en "El Teléfono"

En ese mismo número inaugural, encontramos así una breve nota titulada "Reclamo de los serenos" y subtitulada "Una pequeña lección", en la que implanta normas de inusual moderación dentro de una prensa que, a la menor provocación, solía salirse con cajas destempladas. Ante una nota - protesta de un oficial que trata al sueltista de "maligno" y a su publicación de "anónima", Florencio dice, entre otras cosas, que "no es anónima la publicación hecha en un diario que lleva al frente el nombre de su director, que es responsable en todo terreno de las opiniones de afuera que acoja y prohíje. Y en cuanto al espíritu maligno que cree encontrar en el suelto en cuestión, está también equivocado. Léalo otra vez, lea nuestros comentarios, y se convencerá de que se ha dejado arrastrar por una susceptibilidad un tanto irritable y nerviosa, al juzgar tan inopinadamente nuestras intenciones". Imposible más prudencia en el tono con que Florencio quiso dárle" una pequeña lección" al recalcitrante acusador.

### **SU PRIMER CRONICA TEATRAL**

Y es en ese mismo número en donde aparece la primera crónica teatral escrita por Florencio. Dice así:

#### **"POLITEAMA COLON —**

El tiempo se ha declarado enemigo del arte. En toda la semana, no había podido por su causa dar una sola representación la Compañía Italiana y hasta San Juan y San Pedro, se le retobaron impidiendo que explotara su nombre para atraer público al teatro. El jueves a la noche no llovía; ésta es la nuestra, —se dijeron Giuzio y Barone, y desde temprano comenzaron á quemar bombas y cohetes, anunciando el gran espectáculo. No se repartieron carteles. El público debía saber que se daría cualquiera de las obras anunciadas para las noches anteriores.

Esperábamos al entrar al teatro encontrarnos con un gran lleno. Pero no había nadie ¿Por qué causa?. Por el frío intenso, por el barro de las calles, por la humedad.

Lástima de público delicado!

Estamos seguros de que no sabe lo que se ha perdido y como

## Cuadernos de Mercedes

se lo vamos á decir, estamos seguros también de que otra noche no se quedarán en sus casas ni aún a riesgo de pescarse una pulmonía. Ee dió I due sargentí, drama hermoso que ha hecho las delicias de un par de generaciones y que hizo evocar los recuerdos, á un inteligente amigo, del inmortal Salvini que la puso en boga en nuestros escenarios.

Barone, que es buen autor en la justa acepción de la frase, impresionó al público con el extraordinario vigor imprimido á las dramáticas escenas del segundo acto.

Bernasconi q' no nos había revelado todavía sus condiciones artísticas superiores, compartió con Barone el triunfo de la noche. Luchesi caracterizó admirablemente su papel.

La Luchesi y la Mancini insuperables y no nombro á los demás porque correría riesgos de no acabar nunca, si dijera á cada uno de los artistas, lo que merecen por la discreción con que se desempeñaron y sobre todo por el admirable estoicismo de trabajar para los palcos y las plateas vacías..."

---

En este primer número de "El Teléfono" se incluye asimismo "Un rayo de amor", cuento de Tristán Bernard presumiblemente traducido por Florencio Sánchez.

En el ejemplar del 2 de junio (que consultamos en la Biblioteca Nacional), Sánchez anuncia que predicará "el respeto" como norma general y que combatirá "el guarangaje" en todas sus manifestaciones. Prosigue asimismo su intensa propaganda de lo que llama "Prácticas nuevas", renuncia a los expedientes violentos y defiende el recurso de la inscripción como vía abierta a la voluntad de renovación. En el número del 7 de junio aborda el tema de "La Política en las escuelas", negando la influencia del maestro en la inclinación partidaria de sus alumnos.

### **SU PACIFISMO**

En el ejemplar del 11 de junio se incluye un artículo titulado "Las últimas alarmas", con el subtítulo de "¡Basta por Dios!". Refiriéndose a sucesos recientes ocurridos en Montevideo, dice Florencio, entre otras cosas:

"Si se traduce a realidad lo ocurrido, tal vez resulte que más ha sido el ruido que las nueces, si es que no son puras cáscaras lo que suena.

Desde que se produjo el golpe de estado, a cada rato se sorprende al país con el aparato insólito de medidas represivas. Se di-

ría que toda la tarea del gobierno se ha reducido a hacer abortar conspiraciones. Hoy los colectivistas, mañana los estevanistas, pasado los "blancos", siempre alguno asoma entre los bastidores de la situación, el espectro sangriento de la revolución, perturbando el sueño glorioso del gobernante!".

Y concluye, como fiel expresión del antibelicismo que constituía una preocupación constante de Florencio:

"¡Basta, por Dios! ¡Basta de alarmas inútiles! Es la frase que brota angustiosa de todos los labios".

### **SOBRE LOS BAILES EN EL ARISTOCRATICO CLUB PROGRESO**

La vivacidad insólita, y con tendencia a la forma dialogada, con que Sánchez redactaba sus notas, se aprecia incluso en algunas de las apostillas de la sección "Sociales". Refiriéndose, así, a las protestas que algunas damas hicieran llegar a la Directiva del Club Progreso, escribe:

"Toda una conspiración se tramaba, para decidir un ataque a las orejas de los distinguidos caballeros de la C. D. —¡En junio ni un recibo! —decía una— ¡cómo se conoce que no está Juan Pedro en la Comisión! —reflexionaba otra, agregando:— ¿Por qué Mangacho no será el Presidente? No nos fastidiaría entonces fulano que va para jubilado y las muchachas no le hacen caso... y... Ni Miguelito que tiene la novia en Buenos Aires, y nada le importa de nosotras..."

Con respecto a los bailes que se programaban, alude a reuniones que llevaban a cabo las "muchachas":

"A pesar del misterio de que se han rodeado esas reuniones y de la discreta reserva de Miss Elliot, hemos podido saber que en ellas trató de ensayar los nuevos bailes que la moda ha introducido en los salones de buen tono, desalojando a la antigua **habanera**, apropiada para las latas de novios empalagosos, incompatibles con las nerviosidades de la **causerie** espiritual; al vals de volúptuosidades fatigosas, a la mazurca pretenciosa y desgarbada, a la socorrida polka..."

Hoy ensayan nuestras niñas con verdadero entusiasmo los compases airoso y elegantes del Pas de quatre, del Boston, del Pas de patineurs, de la Polka Militar. Excluimos de la lista el Wáshington Post. Parece que ha sido desterrado por... yankee."

---

En los números del 9 y 11 de junio se incluyen un "cuento criollo" titulado "La Serenata". Aparece con la firma "O. Paredes" (Ovidio Paredes), seudónimo que ya utilizara Florencio en sus colabo-

raciones para "La Razón" de Montevideo, en donde Carlos María Ramírez lo había acogido con tanta solicitud. Transcribimos aquí esta expresión inédita de un Sánchez pre-teatral, aunque con ya indisimulada inclinación a la forma dialogada.

**"LA SERENATA"**

—Fortunato! Fortunato!

—Qué hay!

—¿Dónde estás!

—Estoy aquí.

—Pero dónde?

—Aquí! No te digo! En ningún lado lo dejan estar á uno tranquilo! refunfuñó Fortunato incorporándose en el mismo sitio donde descansaba desde hacia una hora y tanteando con las manos el pasto en busca de sus alpargatas que se habían salido de los pies durante su extraña somnolencia.

Así que dió con ellas calzóselas, se paró y se dirigió a la casa con pasos perezosos, restregándose los ojos con ambas manos como si despertara de un sueño largo.

Quien lo había llamado era su hermano Bedulia. Lo esperaba en el guardapatio y al aproximarse le dijo en tono burlón:

—Jesús! No lo dejan tranquilo al mocito! Ahorita nomás tan aquí los de la serenata y te agarran en esa facha! Y echao en el campo como los gueyes! Ave María! Como te has puesto desde que andás atrás de esa!...

—Mejor, siando atrás!... sabés?... Y si me echo!... Vos no te tenés que meter en mis asuntos, sabés?

—Bueno! Bueno! andá á vestirte, que me parece que siento el tropel de la comitiva!

Fortunato, al oir esto, corrió hacia su cuarto y se encerró, dando principio a la toilette, que decía ser esa noche extraordinaria. Abrió el baúl y fué sacando de su interior una por una las prendas que solo usaba cuando iba de paseo al pueblo ó á los bailes del pago: un traje de color azul, hecho de medida en Nico Pérez, una camisa de pechera bordada en seda celeste claro, la corbata de razo lila con pintas rojas y un par de botines de cuero de búfalo, también de medida y también comprados en el pueblo.

Para no perder tiempo mientras se lavaba los piés restregándose uno contra otro, metidos ambos en una tina con agua, atuaba, delante de un espejo que pendía de la pared, las guías de sus bi-

## Wáshington Lockhart

gotes y daba el último toque de cepilla á una onda que graciosamente le caía sobre la ceja derecha, lustrosa, renegrida, apelmasada á fuerza de cosmético y Oriza Oil.

---

Ese día cumplía años don Venancio Estabillo, el padre de Fortunato, vecino muy estimado en el pago.

Los mozos de las inmediaciones que conservan en la memoria las fechas onomásticas de todos los vecinos pudientes porque ellas significan perspectivas de bailes ó comilonas, reunidos el domingo anterior en la estancia de don Pancho Guiní habían combinado sorprender á don Venancio con una serenata, poniéndolo en el compromiso de proporcionarles una de esas noches de solaz que constituyen la ambición única en el paisanito que pasa semanas y meses enteros entregado a la labor ruda del campo, sin más entretenimiento que el bugal predilecto y la escapaditas que en él hace los domingos hasta las estancias cercanas á lucir sus habilidades de domador y á tomar un mate dulce prosiando con las muchachas.

El viejo Guiní se comprometía á ir con sus hijas Adela y Eustaquia: las de Alfaro irían si su hermano Olivio las llevaba en la jardinería, y Olivio, como no las había de llevar!; de las de Goyeneche ni que hablar, lo mismo que de Da Ceferina y su hija Gregoria siempre bien dispuestas las dos: Candiña la brasilerita había contestado que si se mejoraba de las paperas iría á caballo con Filisberta y su cuñado; las de Silva, las de Olivera y en fin... aquello iba á ser una romería.

Mozos... á bocha!

Entre ellos tres ó cuatro acordeonistas y otros tantos guitarristas de primera fuerza.

Fortunato estaba en la cosa y acompañaba á sus amigos en los trabajos, con suma diligencia como que la fiesta le proporcionaría la oportunidad de arreglar el asunto que temía pendiente con Adela la hija mayor de don Pancho Guiní.

El se encargó de preparar á su madre y á sus hermanas para la sorpresa. Prepararlas para la sorpresa significaba hacerles presente que se iba á amasando los pasteles y bizcochos dulces, eligiendo la ternera que habían de carnear con cuero y provisionando la despensa con los artículos indispensables para obsequiar debidamente á los serenatistas.

La vieja se lo contaba en secreto á su esposo don Venancio que autorizaba todos los gastos y se hacía el que no sabía nada de los preparativos en su honor.

Bedulia cuando apuraba á su hermano para que se vistiera no se había equivocado pués la comitiva llegaba momentos después á la portera, á pocas cuadras de la casa. Mientras pasaban al alambrado las zopandas y las jardineras que conducían familias, los de á caballo se acercan sigilosamente á las casas amansando con palabras cariñosa al Chingolo, al Churt y á la Tecla los perros fieles del establecimiento que gruñían desconfiados, y una vez que se hubieron apeado junto á la ventana, las guitarreros y acordeonistas se arrancaron con una marcha triunfal mientras que el resto de la gente prorrumpía en vivas estentóreos á don Venancio, al dueño del santo y á la familia del dueño del santo. La comitiva de coches avanzó entonces triunfalmente y todos los habitantes de la casa se lanzaron alborozados á su encuentro.

—Como está don Venancio! Muchos años de vida! Don Venancio, que viva muchos años... Gracias, gracias hijitos! —Adela! —Candiña!... Mi querida Elena...

Durante algunos minutos no se oyó otra cosa que estas exclamaciones y otras muchas parecidas y el rumor de montones de besos con que acariciaban las recien venidas á las niñas de la casa.

—Bueno muchachas, á arreglarse que es tarde y la mesa está pronta!

Las damas fueron pasando á las habitaciones de las muchachas mientras los mozos desencillaban á toda prisa sus caballos y dejaban los recados en el galpón.

Adela Guini al atravesar el patio con Bedulia preguntóle en voz alta:

—Pero... y Fortunato, que no lo he visto?

—Se está vistiendo.

—No es cierto, se apresuró á interrumpir Fortunato, apareciendo. —¿Cómo está Adelita?

—Muy bien. ¿Y Ud.? ¡Qué verguenza! Lo hemos agarrado en paños tibios...

—No, Adelita: hace rato que estoy vestido.

—Para qué mientes? dijo Bedulia. Mirá Adela, hace un ratito que estaba echado en el pasto...

—Cuando uno tiene cosas en que pensar... exclamó Fortunato mirando a Adela fijamente con intención de adivinar en su rostro el efecto de la frase que pensaba haberle dirigido al corazón.

El llamado á la mesa interrumpió la conversación.

Hilario y Adela eran muy amigos, pero amigos únicamente, pues ella más de una vez, cuando le hablaban de que podían ser no-

## Washington Lockhart - FLORENCIO SANCHEZ EN MERCEDES

vios, se ponía brava diciendo que no había nacido para casarse con gauchos rotos, —por eso á ninguno causaba extrañeza la frecuencia con que bailaban.

Solo les llamaba atención á los maliciosos, que veían á Hilario en una de sus muchas travesuras: la de fastidiar a Fortunato no dejándolo hablar un rato seguido con la muchacha.

Fortunato furioso una de las veces en que Hilario le interrumpió la conversación se acercó á misia Concepción, la madre de Adela, que amadrinaba sus amores hallándolo un buen partido para la muchacha.

—Ha visto á Adelita, misia Concepción! Como anda con Hilario!...

—No seas bobo, hijo. Que le ha de hacer caso... Demasiado sabes que ninguno de esos Serpas revienta su lazo...

—Si ya lo sé! Pero... cuando empiezo á hablarle me la envita y Adela vá con él.

—Por darte celos, muchacho!...

—Si! celos!... Mientras tanto no quiere contestarme á lo que le dije del casamiento!

Muy bonito!... Me está pareciendo que me vá á hacer igual que á los otros... pero Dios la libre...

—Ay!... Ja...ja...ja... vás á llorar Fortunato?...

—No; á llorar no! Pero si se descuida ese sarnoso lo via á baliar.

Dicho esto dominado su emoción, como si obedeciera á una resolución enérgica, se dirigió al rincón donde estaban Hilario y Adela charlando alegremente, dijo á esta última con acento imperativo.

—Venga Adela! Vamos á bailar.

—Qué modos Fortunato!...

—Es que me da rabia que ande Ud. con ese... piojoso.

—Porqué? Tan bueno que es...

—Diga mejor que está Ud. enamorada de él.

—Yo! Ja... ja...

—Si, Ud! Está enamorada de él y tiene vergüenza de confesarlo, porque es un viejo y un pobrete... Mire; digalo de una vez... No me tenga así...

—Pero, Fortunato!... cree Ud. que me enamoré de ese...

—Entonces... no lo quiere?... Me quiere á mí?...

—No lo quiero ni ésto!...

—Pero me quiere á mí?...

—Veremos... Si Ud. me prueba...

## Cuadernos de Mercedes

—Ya lo verá!... En cuanto á ese sarnoso, si sigue metiéndose le voy á arreglar las cuentas...

—No se enloquezca, Fortunato!...

Tocaban los acordeonistas una polka que se había de bailar con relaciones. Se formó la rueda y las parejas fueron entrando una por una al centro diciéndose mozos y mozas unos versitos pintorescos por el estilo de los del pericón.

Le tocó el turno á Fortunato y Adela. Cesó la música y el mozo dijo el primer verso que le vino á la memoria, de los muchos que sabía:

Las estrellas en el cielo  
Forman corona imperial  
Mi corazón por el tuyo  
Y el tuyo no sé por cuál.

Iba á contestar Adela, cuando se adelantó Hilario.

—Quiere la desempeñe Adelita?

—Con mucho gusto:

Encarándose á Fortunato dijo:

Guachito que andás por ahí,  
Parando en todos los ranchos  
Mira que no soy carniza  
Donde comen los caranchos.

Como todos se echaron á reír festejando la salida del gracioso Hilario, no pudieron ver el efecto terrible que en Fortunato había hecho el verso.

La polka terminó. Fortunato sentó á su pareja y salió al patio, indicando á Hilario que lo siguiera.

—Qué te has pensao, gaucho rotoso!... Que me tenés de juguete!... le dijo así que estuvieron fuera.

—Oh!... Y te has enojado por eso?

—Sí, me he enojado... sarnoso! trompeta!...

—Mirá... Fortunato!...

—Si!... sarnoso... trompeta!...

— Sarnoso... no!

—Sarnoso... sí... y tomá!

Fortunato le había hundido su puñal en el pecho.

Corrieron todos azorados al patio entre ellos Adela que al ver

## Washington Lockhart

á Hilario caido prorrumpió en gritos desesperantes:

—Hilario! querido!... Hilario mio!... Pobrecito!... ese infame lo ha muerto!...

—Hilario!... Yo te quiero mucho.

El herido abrió los ojos y reconociendo á Adela, con voz entrecortada dijo:

—Retirate, oveja!... por culpa tuya...

No habló mas!

Fortunato lloraba desesperadamente en los brazos de sus amigos que se esforzaban por contener las lágrimas que la emoción hacía asomar á sus párpados.

—Esa Adela!... Esa Adela!... decía uno de ellos sollozando.

---

Esa noche Fortunato huyó para el Brasil con el beneplácito de su amigo muy querido el 2º Comisario de la sección, que se encontraba en la fiesta.

Estuvo en aquel país dos ó tres meses regresando al suyo en el ejército revolucionario que invadió en la frontera el 5 de Marzo.

En el combate de Arbolito una bala enemiga lo hirió mortalmente.

Los compañeros que estaban á su lado cuando cayó repiten con amargura sus últimas palabras:

—Vaya, hombre!... Ya me han muerto!...

Se advierte con qué fruición se adueñaba Fiorencio de una realidad elemental, reducida a sus rasgos más sumarios, pero aún así, con un inconfundible sello de veracidad. No deja de ser una expresión rudimentaria, pero muy ilustrativa acerca de predisposiciones que habría de formalizar y depurar pocos años después.

## **OTRA CRONICA TEATRAL.**

La actuación en Mercedes de la Compañía Dramática de Barone le dio ocasión a Florencio de despuntar su afición po rel teatro. En "El Teléfono" del 18 de junio incluye dos notas muy reveladoras del especial espíritu crítico con que asistía a dichos espectáculos. He aquí la versión íntegra de la primera de ellas:

**"POLITEAMA COLON —**

Nos alegramos muchos de que haya gustado, como gustó, la compañía italiana, por la satisfacción de ver cumplidos nuestros pro-

## Cuadernos de Mercedes

nósticos, por una parte, y por los artistas, pues ello significa una perspectiva de buenos llenos, por la otra. El público, como en todos los estrenos, estuvo al principio frío y reservado, pero poco á poco fué abandonando esa actitud para demostrar su agrado con frecuentes manifestaciones ruidosas. Gustó la señorita Falcini como actriz correctísima, por la desenvoltura de los movimientos, el decir natural y tino, y las actitudes de artista de escuela propia en las pocas escenas donde se pudieron entrever esas condiciones, pues su papel en *Il marito in campagna* está muy por abajo de las facultades que le hemos reconocido. Esperamos, para juzgarla debidamente dentro de los alcances de nuestro criterio, verla representar mañana *La dama de las camelias*, prueba dura, en la que han escollado siempre todas las principiantes, y de donde no sale triunfante sino el verdadero, el legítimo talento artístico.

Buen éxito fué el de la señora Brambilla, saludada con grandes aplausos al terminar la romanza intercalada en el segundo acto, que cantó con exquisito gusto. La Mancini, de rechupete. Dijo su parte con mucha gracia traviesa y soltura. ¡Qué suegra, qué pichón de suegra, nos hizo la característica Luchese!

Barone y Angelini, muy bien, muy correctos; y cantaron con mucho arte sus respectivos romanzas los dos tenores Ubertone y Bergonzoni.

Total: conjunto artístico más que discreto; físicos femeninos irreprochables, algunos; repertorio escogido, atrezzo y vestuario completo... ¿qué hay, pues, que criticar?

Ibamos á decir, nada! pero nos acordamos de dos lunares: el apuntador que hablaba muy fuerte y las medias que llevaba Ubertone de color cuero de serpiente, que no pegaban con el frac y el zapato charolado.

—Esta noche suben á la escena la comedia en tres actos de Giacometti *Quattro donne in una casa* cuyo argumento publicamos en otra sección y el preciso vaudeville, *Un milanese in mar*.

Cuanto apostamos á que llena el teatro?"

Bajo el título general de NOTAS SOCIALES, Florencio desarrolla en el mismo número el argumento de "Quattro donne in una casa", con la complacida vivacidad que se verá.

"QUATTRO DONNE IN UNA CASA —

### EL ARGUMENTO

La comedia que se estrena esta noche en el Politeama Colón,

## Washington Lockhart

es una de las más brillantes que se deban á la pluma de Giaccommetti.

Describir su argumento es difícil. En las obras de este género cuando lo tienen, su trama es tan complicada que ya precisa trabajo el cronista para explicarla! Trataremos, sin embargo de dar una idea en rasgos generales de lo que es la obra.

Los esposos Armando (Sr. Angelini) y Ermellina (Sta. Falcini) viven muy felices en compañía de su tío Biagio (Barone) un viejo cargante y fastidioso que se pasa la vida rezongando con la criada Paulina (Sta. Mancini) y hablando pestes de las mujeres. El odio de Biagio es fundado pues cuenta que tuvo en su casa dos damas, —legadas por un hermano suyo en momentos de morir—, dos mujeres muy buenas con rostros angelicales, pero que, según su propia expresión, no tardaron en mostrar el cuerno y la pezuña del diablo, embarullándole la casa á fuerza de chismes y enredos.

Biagio desde entonces les guarda un rencor enorme á todas las mujeres. Aparece rabiando con la sirvienta Paulina por que está de gran charla con Teresa (Sra. Luchese) criada de Giorgio, (Ubertone) y su esposa Adela (Sra. Brambilla) dos buenos amigos de la casa. Biagio cree que en esa charla se está despellejando á alguno.

En el primer acto Armando se piropea, permítasenos la palabra, con su esposa Ermellina, cuyo onomástico es ese día y dispone para festejarlo que se prepare una gran comida, para la cual serán invitados los amigos Giorgio y Adela.

—Dios nos libre! protesta Biagio. Con tantas mujeres en la casa no pasará nada bueno! Y convence á Armando de que la comida debía ser íntima.

Para desgracia del tío aparece en esos momentos Giorgio anunciando que su esposa llegará mas tarde. —Entonces, comeremos juntos; — dice Ermellina. Giorgio acepta. El viejo reniega.

Armando, que es abogado, se vá al tribunal llevándose á Giorgio que también tiene algo que hacer: ver sus caballos,— y entra Adela, recibida con alborozo por Ermellina.

Las dos son muy amigas y conversan largo rato de su vida y de sus esposos, dos ángeles de bondad, concluyendo por reconocerse las mujeres más felices del universo. —Lástima, arguye Adela, que vivamos tan separadas!— Esta reflexión le sugiere á Ermellina una idea. Podrían vivir juntas en una misma casa, con sus respectivos esposos. Se ponen de acuerdo. Los maridos vienen, se enteran de esa idea y la aceptan en el acto.

Pero están festejando la cosa con abrazos, cuando aparece el

## Cuadernos de Mercedes

tio Biagio, que al enterarse del proyecto se revuelve indignado como una fiera.

—Esta casa vá á ser un infierno! grita.

—Adela, Ermellina y las dos sirvientas! Cuatro mujeres! Yo no puedo vivir donde haya cuatro mujeres! Me voy!

Pero le suplican con tanta insistencia que resuelve quedarse.

El acto termina de la manera más feliz. Se abrazan los esposos, las esposas y en el fondo las dos criadas, locas de contentas por la perspectiva de tijereteear mas amenudo.

Biagio es el único que no está alegre.

—Cuatro mujeres ¡qué infierno! reflexiona.

En el segundo acto ya viven justos. Han llevado una vida feliz, pero comienzan á aparecer noches negras en el horizonte. Las intrigas chismes y habladurías de las sirvientas, comienzan á surtir efecto y se producen unas escenas interesantísimas entre criadas y patronas, que dan por resultado el conflicto previsto por Biagio. Celos, rivalidades y envidias justificadas por una serie de circunstancias muy lógicas, muy humanas. Las situaciones son interesantísimas, en todo el acto se elabora la catástrofe. Las dos esposas empiezan á odiarse y los maridos, aunque ignorando lo que pasa, se dan cuenta de que se aleja la felicidad de que disfrutaban antes de vivir juntos.

Se habla de una separación, de volver á la vida antigua, pero ¿quién le pone el cascabel al gato? —El gato es Biagio, en este caso. Y la separación sería una consagración de sus teorías, y antes que sacrificar su amor propio prefieren continuar como están. La bomba es llada en el tercer acto, Riñen los esposos, riñen las criadas, todo el mundo se pelea, menos Biagio que se frota las manos de contento... ¡Era lo que yo decía!

Los celos habían sido la causa de todo. Las dos mujeres se sospechaban mutuamente engañadas por sus esposos. Una frase falsamente interpretada, un chisme de las criadas, una actitud del marido mal interpretada, dieron lugar al intringulis.

Como de costumbre todo se aclara al final,

Esposos y esposas, reconocen su error. Se perdonan, se abrazan, protestándose el mayor cariño, pero... resuelven irse cada uno á su casa con gran contento de Biagio y muchas lágrimas de las sirvientas.

Las escenas del segundo y tercer acto son muy bien hechas, de una comicidad extraordinaria, sin dejar decaer un solo instante el interés de los espectadores”.

## Washington Lockhart

En "El Teléfono" del 21 de junio aparece una crónica sobre "La Dama de las Camelias", con el subtítulo "Carta para "Suplemento".

Dice así:

"POLITEAMA COLON —

### LA DAMA DE LAS CAMELIAS

#### CARTA PARA "SUPLENTE"

Egregio crítico: Seguro estoy de que, engolfado mas que nunca en tus tareas desde que tienes ahí á la Mariani, ni siquiera te acuerdas de que tu amigo Mochito, está respirando los aires purísimos del Río Negro en esta ciudad hermosa de Mercedes, y que si alguna vez has pensado en mi ha sido con lástima por que supondrás que sufro nostalgias de esas noches de Solís, donde solazaba mi espíritu con los encantos irresistibles de la representación y los mas irresistibles aun, de tus charlas amenas y eruditas.

Si pensaste lo último has acertado, si lo primero te equivocaste de medio á medio.

¿Tienen Vds. á la Mariani con una buena compañía dramática? Pues nosotros tenemos á la Falcini con una compañía bastante discreta? Estrañarás el nombre y con razón pues no la conoces á pesar de que tus relaciones se extienden desde los mas copetudos artistas hasta el último comparsa que ha desfilado por los escenarios montevideanos.

La Falcini era una muchachita, —ella me perdonará tal familiaridad— que formaba parte de la compañía Drago, como primera dama joven; muy agraciada de formas entonces apenas diseñadas pero prometedoras de morbideces suculentas, como dirías tu; un metal de voz agradable, desenvolturas de artista concienzuda, sin los amaneramientos, camunes en la snovicias del arte escénico y muchísimas otras condiciones más que suficientes para destacarse como una futura celebridad.

(CONTINUARA)

# I

El sol era, como las montañas, alto, desgarbado,  
con una enorme joroba marcada sobre sus ojos azules.  
A veces parecía derretirse de risa o de temor  
entre las palmeras, debajo de la blanda superficie del agua.  
Ya no había muchos peces.  
El doctor se inclinaba, sacaba uno, y nos decía  
“prosigue la destrucción, vean, miren sus aletas, su espina dorsal, sus  
ojos”.  
Nosotros mirábamos, pero yo me cansé bien pronto.  
Todo progresaba al mismo ritmo, y dentro de poco todo acabaría.  
Para qué mirar y saber el futuro.  
Entonces, suspirando, nos sentábamos a mirar el sol, para no olvidarlo,  
tan tiernamente colgado de las nubes.  
Un día vino una nave. Yo no la vi.  
El doctor dejó de ir al borde del agua, dejamos de verlo, desapareció  
del pueblo.  
De la nave habían bajado seres extraños. Yo no los advertí hasta que  
Alce ladró.  
Había creído que eran animales amigos suyos, cuando se acercaron,  
pero Alce estaba rabioso  
y hacía tiempo no tenía fuerza para estar así.  
Entonces sí, los miré, con un poco de temor, aunque luego me divir-  
tieron un poco.  
Sus ojos eran agujeros sin pestañas, pero era algo raro verlos.  
Los nuestros están en la superficie, miramos hacia afuera.  
Ellos no.  
Yo no sabía adónde miraban, ni cómo podían hacerlo.  
Sólo pudimos suponer que allí estaban los ojos.  
Sentíamos, como si nos golpearan, que estaban mirándonos.  
Luego llegó otra nave, pero no bajaron los mismos.  
Alce ya no ladró.  
Vino hacia mi, arrastrándose lastimeramente, tristemente,  
y me miró con sus ojos aguados.

## Sonia J. Cervetti

Toda la vida son ojos, que golpean mirando,  
que golpean llorando,  
que horadan la carne hasta el corazón.

Empezamos a olvidarnos de los que venían, porque siguieron viniendo  
| muchos.

Algunos de ellos volaban bajito, y convinimos, Alce y yo,  
que eran las moscas o los mosquitos de los extraterrestres.  
No tenían plantas, pensé. Ni árboles. Eran todos animales, o tal vez  
| no lo fueran totalmente.

El sol empalidecía, y un día dejamos de verlo.

Fui hasta una casa, donde vivía la ropavejera. Debía conseguir algo  
para abrigar a Alce.

Alce temblaba ya todo el día, o toda la noche, porque ahora siempre  
| era noche,

y a veces la noche era más clara que el día.

La ropavejera estaba acostada en su cama, encogida.

La toqué, la llamé, pero estaba muerta, y no me contestó.

Tomé una chaqueta, y me fui.

Recorrimos la ciudad. No había nadie, excepto los que volaban a ras  
| del suelo,

los que miraban desde el fondo del ser, los que gruñían gravemente,  
| los que arrastraban suavemente su cuerpo pesado.

Pero no había ningún humano, ningún animal de los humanos.

Miré a Alce. Casi tenía que arrastrarlo tras mí. No tenía fuerzas.

Lo tomé en mis brazos, tibio y lanudo, y estoy caminando hasta la  
| casa.

## **L A E N T R E V I S T A**

Martín aguardaba con impaciencia. Estaba agotado tras el viaje no acostumbrado a la capital; los sillones blandos y el centella mullido cuya trayectoria hasta la capital era un soplo por la carretera pavimentada, no habían contribuido en lo más mínimo a hacer del viaje un hecho natural y reposado. El encierro, el humo, los pasajeros, eran una mezcla que oprimía sus sienes, hasta que el arribo a Plaza Libertad había constituido una liberación. El aire de la ciudad, aunque enraizado por el gas-oil urbano, había sido un atenuante al encierro febril. "Hubiera sido preferible el tren —pensó— al menos hubiese reventado de tomar tanto aire puro venido del campo."

Después de todo, estaba allí. Su cuerpo permanecía sin relajarse, tenso, surcado de oleadas frías y de cascadas de sudor entre los zapatos de caucho. No resistía fumar pero cada bocanada era un tóxico insoportable, neuseabundo, y el café apresurado era un puño agrio en el estómago. Aunque hubiese intentado dormir antes del viaje matutino le hubiese sucedido lo mismo, pues la actividad en el diario había cambiado todos los órdenes naturales de su vida, transformándolo en un ser nocturno. "En estos momentos estaría durmiendo a pata suelta. ¿Cuántas vueltas me habría dado hasta esta hora?". Miró el reloj eléctrico sobre la pared pulcramente pintada al aceite: dentro de tres horas su pequeño despertador cortaría con un chirrido agudo la serenidad de su dormitorio.

Después de todo, estaba allí. Y ese "todo" era un esfuerzo sobrehumano que había alterado sus costumbres. Por la ventana, una de tantas en aquel último quinto piso, examinó la ciudad sumergida, aún, en las brumas sorprendidas por la mañana. Aquí y allá surgían retazos de ciudad, grises, húmedos, perezosos, colinas cubiertas de edificación variada surgiendo entre nubes pétreas. "Ese pozo ocre e invisible debe ser la Aguada, y aquel puño coronado de ladrillos debe ser el Cerrito". Siguió escrutando para distraerse y calculó que la masa de nieblas aceradas reposando sobre un vientre inmenso y opaco debería ser la Bahía. "Indudablemente que las chimeneas son la Ute".

—"El señor solicita las carpetas cuatrocientos raya tres, dos-

cientos raya cinco, el asunto letra A 24, y el tomo cuarenta y cuatro del registro”.

Era la secretaria que tras dictar las órdenes, de las que nadie osó pedir explicaciones o hacerse repetir, bajó el botón de plástico de un receptor.

La secretaria pasó sus manos alisándose el cabello, claro y sedoso pese al día húmedo. Martín sintió de nuevo fuego en los pies. “Esta vino en auto” —pensó. Juzgó si sería conveniente dirigirle la palabra para amenizar la espera, pero ella estaba sumergida en su trabajo prolíjo y eficaz. Le dió la espalda y volvió a contemplar la ciudad. Sólo se volvió de nuevo hacia ella cuando la Remington comenzó a disparar una metralla de palabras oficiosas.

¡Cuánto demoraba la entrevista!. El hombre estaba allí detrás de la puerta y él esperaba ser recibido en esa sala de líneas funcionales donde sólo existía lo imprescindible: ¡Y aquella mujer que se desenvolvía con naturalidad ajena a su presencia! como si él no fuese nada, apenas una protuberancia que daba formas humanas al sillón donde se hundió a esperar.

La entrevista era fundamental para su carrera periodística que desarrollaba desde que dejó el Liceo. Era una oportunidad espléndida para conocer a uno de los directivos de la fábrica más importante de todo su departamento, y quien a la vez era uno de los compradores del diario donde él trabajaba. El viejo Heredia Ramos había obtenido la jubilación, y el director, el flaco Naud, se mandaba mudar para Salto con un buen negocio. “Crónica” dejaba de ser independiente y pasaba a integrar los intereses vinculados a la fábrica y a la lista del diputado Guaglianoni, un muchacho dinámico salido de la nada pero bien respaldado. Martín estaba a merced de los acontecimientos y de aquellos hombres. El intentaba seguir permaneciendo en la redacción con el sueldo y la libertad que había tenido durante tantos años. La entrevista podía serle útil para entablar una tibia defensa de muchas cosas que había dicho —sin firmarlas— y captar el ambiente venidero.

La secretaria dejó de escribir. El ritmo mecánico desapareció del despacho y Martín se sumergió de nuevo en la realidad. Ella se acercó a un fichero y con agilidad extrajo un cajón del que pasó lista a una serie de fichas rojas y anaranjadas. Martín contempló la espalda, las caderas ajustadas, las piernas armoniosas y fuertes enfundadas en medias que resaltaban el color de su carne. Se sintió en un vacío contemplando la fina raya negra de las medias que ascendía hasta el límite de la falda. Recordó a su mujer, Azucena, hecha un

rollo en la cama cubierta de mantas, a quien había dejado sola esa madrugada. Cuando la noche antes llegó del diario para preparar sus cosas, junto a la cena fría había una notita que lo persiguió durante todo el trayecto: "Que tengas buen viaje... no me despiertes... no te olvides de los zapatos". Azucena sola en la casa pequeña y alquilada. Tantos años juntos, y solos, con apenas unos muebles sueltos, y sin hijos, porque no había para muebles ni para niños aunque los dos trabajaban.

"No te olvides de los zapatos" ... y lo volvió a la realidad el tacón firme y elegantísimo de la secretaria rumbo al despacho del hombre. A solas en la espera, contempló ahora con curiosidad el escritorio y los ficheros de cármbica, el florero como un pulgar del que brotaba un clavel, las paredes de distintos colores pintadas al aceite, las venecianas elevadas al tope. "Qué bueno sería escribir aquí —pensó— en aquella Réminington rosada de teclas verde—botella." Su despacho en el diario era una pieza con recortes y fotos cubriendo la pared descascarada. Por todos lados había manchas y olor a tinta. Su mesa desbordaba de diarios y notas que cubrían la tabla arañada. Su máquina era un poderoso y viril instrumento con veinte años de edad que contrastaba con la femineidad de la Réminington rosada. Hasta aquella noche había redactado allí largas notas analizando la huelga de la fábrica. El estaba de parte de los obreros; sus principios de justicia así se lo dictaban. Y lo estaba con razón, pues el conflicto no era un mero aumento de jornal sino algo más idealista: ellos aspiraban a un fondo de seguridad, a un plan de producción, a una financiación de viviendas. No era el clásico conflicto laboral por el que el gremialismo limitaba sus miras y aspiraciones en propósitos monetarios. Era una lucha por algo más noble. Los directivos de la fábrica —que se habían quedado de una pieza ante las demandas inusitadas— sólo atinaron a mejoras de salarios. El conflicto se desencadenó y fué motivo de buenas notas editoriales. Hubo pedreas, detenidos, hasta se emplearon gases por vez primera en los anales gremiales del departamento. Y Martín escribía, escribía.

La secretaria volvió y se enfascó en la máquina.

Sí, indudablemente, había que entrevistar al hombre; ello daría lugar a una nota sensacional. Pero ¿y después?... Si él se atrevía a dar razones a los obreros, ¿cómo reaccionaría? ¿Y si lo despedía del diario? ¿Y si lo largaba al hambre? Azucena con su sueldito no podía hacer frente a la casa. Se la imaginaba llorando desconsolada en la mesa de la cocina, llena de reproches, echando por la borda los ideales de Martín, recalando que "tenían que vivir". "Sobrevivir

dirás" se repetía Martín, irritado.

"No te olvides de los zapatos". La secretaria tenía un par bellísimo. De un taco altísimo y agudo como una aguja gótica, con una punta que era una espada sobre la que descansaba aquel sabroso par de piernas. "Está estupenda". "Esta vive con el viejo". El "viejo" era el hombre, el todopoderoso que sería dueño de su destino. Y Martín se repetía algunas argumentaciones que esgrimiría en caso de emergencia contra aquel monstruo sagrado: "El estado social del país requiere fórmulas prácticas y modernas de cooperación entre patronos y obreros. Los obreros en huelga no son hambrientos en busca de pan sino seres humanos en búsqueda de un mundo mejor". Ah, si no estuviese agotado por el viaje y embarazado por el interés cada vez mayor en aquella ricura de la secretaria, podía parecer un muchachón simpático y moderno, el periodista de avanzada dentro de las fórmulas de los derechos y de la igualdad. Pero Martín estaba enterrado en aquel rincón de Soriano y no podía aspirar más que a comer y vivir. Pero si él no se sentaba frente a la máquina no era nada. Era un hombre con formas, con boca, con ojos. Pero nada más.

Por tanto, le plantearía al hombre las esperanzas de la gente. Después de todo la huelga era popular en todos los ambientes y sólo Guaglianoni estaba contra ella. Guaglianoni los haría echar a todos y pondría allí sus votos. Apretar botones no es nada difícil; y aprender cualquiera lo hace. Después se vota. Martín votaba; y también escribía. Pero, ¿se atrevería a defender su punto de vista? "Me animaré"... Quizá el hombre le diera una respuesta cálida, generosa, proyectada desde aquella superioridad financiera de que gozaba. Quizá fuese un generoso bonachón, hasta divertido y convencedor a fuerza de simpatía. Pero también podía ser un flaco maníático atrincherado detrás de un escritorio con varios teléfonos a retaguardia.

"El hombre... "el viejo"... ¿cómo sería?"

La secretaria atendió el teléfono y lo volvió suavemente a su lugar después de dar un "no" decidido. Fué entonces que lo miró de arriba abajo con interés y por vez primera. Apenas si le sonrió y volvió a enfrascarse en su máquina. El examen conmovió a Martín. Se miró los zapatos, se acomodó en el sillón, examinó su pantalón por las dudas. Pero todo estaba bien: los escarpines nuevos, los zapatos bien lustrados por Azucena, la raya impecable del pantalón, y la camisa muy pero muy blanca.

"No te olvides de los zapatos...". Azucena en la isla esperándolo con su malla verde. Azucena en la cocina leyendo el diario y recortando recetas. Azucena en el cine el saco comprado a pla-

zos. Azucena en la rambla oprimiendo su brazo y divagando cosas imposibles: imaginando irrealidades y cosas inalcanzables en la oscuridad del cuarto acurrucada contra él en el lecho.

Entró un muchacho rubio, de pantalones negros y chaqueta blanca con una bandeja llena de pocillos humeantes. Dejó un paquete de cigarrillos importados a la secretaria y entró como en su casa en el despacho del hombre. "Marica servil"..."ese pelo está teñido"..."qué pantalones estrechos"..."y pensar que nació hombre".... El muchacho salió de nuevo y del despacho surgieron voces y risas.

"Va para largo", dijo la secretaria. ¡Ajá!... fue su respuesta, y se arrepintió de no haber entrado en tema, de haber dado aquella respuesta tan estúpida como carente de inteligencia y contenido.

Largas horas con Azucena en el río... largas horas en el café céntrico con los muchachos intercambiando bromas, cuentos verdes y chistes. Horas con toda clase de gente.

Finalmente, aburrido de tanto esperar en silencio, surgió una charla amena con la secretaria. Se llamaba Anita, Anita mía —pensó—, diciéndoselo a solas y teniéndola en los brazos. Después surgieron las bondades del Sr. entrevistado, su capacidad de trabajo, su genio. Risas. "No tener un café para amenizar los cigarrillos importados. "De ella.

De pronto sonó un dulce ronroneo. Anita se irguió; miró la costura de sus medias girando la cabeza por encima del hombro; corrigió su falda; se examinó en un espejito oculto en el escritorio. Le sonrió... con todo el esplendor de su rostro maquillado, y se sumergió en el despacho largos minutos. Ahora el corazón de Martín daba brincos. La sangre se desparramaba como fuegos de artificios por su cuerpo. Le temblaban las piernas. Las manos estaban heladas.

Volvió. "Tome asiento" —le dijo— y fue una orden cumplida. "Lo siento mucho, el ingeniero Barcos no podrá recibirlo. Pero no se agite. Como secretaria particular me ha autorizado confiarle que no tiene interés de ser reporteado, y menos en lo que será su diario dentro de poco tiempo. Exige de Ud. —y lo siento mucho si puedo herirlo— límite el contenido de sus temas en materia gremial. Asegura un buen aumento y un puesto administrativo en la fábrica, pues el periódico da continuas pérdidas y habrá que corregir su administración. Como Ud. comprenderá, el ingeniero y el diputado consideran que Ud. es una persona sumamente inteligente, de capacidad aprovechable. Lamentarían mucho su alejamiento. Por el contrario, les es grata su cooperación."

Se puso de pie... estaba helado... todo giraba como un fatí-

## **Carlos Saratsola - LA ENTREVISTA**

dico carrousel, no atinaba a hablar... pero al fin le salió algo así como "dígales que estoy a sus órdenes".

"Bravo!" —exclamó ella, "Yo también he aprendido a vivir". Luego de una pausa: "Siempre ha ocurrido así. No se sienta defraudado. No es el primero".

Un torrente de presentimientos se desenvainó dentro de Martín. Anita era una beldad físicamente superior a Azucena. Era un budín salido de una revista de modas; un budín de carne y hueso, maquillado. "Anita mía" —pensó— "quién pudiese besarte, tocarte". Martín aún tenía las axilas frías, las piernas duras, el abdomen tenso. Pero un golpe seco abofeteó su cerebro. "Entrá en acción"... le gritó un coro de café que terminó en un largo "so cretino". —No importa, son cosas del oficio— dijo Martín. Y agregó: ¿saldría Ud. conmigo esta tarde?

Anita no se ruborizó, ni él lo esperaba. La respuesta fue concluyente: —¿Por qué no pasa por mi apartamento y bebemos algo? El le respondió muy suelto de cuerpo, pues a cochino cochino y medio: —Claro, preciosura. Y jactancioso, le tendió las manos, que ella recibió con cariño. "Esto ni lo soñé" pensó él.

Las manos de Anita permanecieron sumisas entre las suyas; era un cálido contacto que agitó su sangre, un contacto tierno, una promesa de cercana docilidad y deseo. Una señal cómplice para la aventura y la entrega. "Estarás pasada de viejos —pensó Martín— y deseas aventuras jóvenes".

—¿Qué tal a las seis?

—Lo esperaré toda la tarde.

—Y en la noche, ¿me esperará?

—Estará conmigo.

—¿En la noche?

—Sí, toda la noche.

Luego:

—Aquí está la dirección. El 142 lo deja en la puerta.

Martín atravesó el edificio sin esperar el ascensor. Tenía energía más que suficiente para volar por los pasillos, las escaleras, las antesalas inmensas repletas de empleados y líneas interminables de tubos de neón. Cada peldaño era la calle próxima, la ciudad esperando la lluvia, los minutos menos para estar acostado junto a Anita. Pensó su nota. El hombre bien inspirado, sincero y laborioso. Los de la fábrica, unos atormentados y villanos. Era hora de medidas y justicia. Era tiempo de disciplina y responsabilidad. En adelante nada de pamplinas. Pan y más pan. Pan a torrentes, a patadas. Sería fácil agregar

a cualquier puesto en el diario, algún cargo en los escritorios de la fábrica. ¡Chau viejo! a todo el mundo. Cada cual con lo suyo!... y yo conmigo que de pan vivo! Ahora chuparé whisky... chau a la caña!. Azucena tendría heladera, televisor, y niños... una pila si quería. Y él, dinero, dinero a carradas con que poder bajar a Montevideo cada vez que se le antojase y cubrir de besos a Anita, en la calle, en los médiános de Carrasco, en el asiento del coche de ella, en la cama de ella. Bajaría a saciar sus deseos y arrancar como malezas de sí mismo su frustración, su entrega, su suicidio, su traición. Danzaría en un mar de alcohol, de besos y de olvido junto a Anita. Sí, sólo por ella volvería a ese monstruo urbano que al otro día, en cuanto pudo, agotado y ojeroso pero purificado en una noche inolvidable, abandonó en un inmenso y veloz corcel de aluminio blanco, rumbo a Mercedes, con una caja contenido un par de zapatos debajo del brazo.

**I**

Sobran puertas en la casa;  
la del hambre, por ejemplo,  
siempre estuvo abierta.  
Y entra la noche quieta  
a llenar la mesa sola,  
y entra la lluvia sin sueño  
a recordar la miseria.  
El sol, si entra,  
no alcanza a entibiar el suelo,  
no alcanza a secar terrones,  
pero en enero  
quema los pechos de las paredes.  
Y en el aire sobran quejas,  
sobran bocas,  
sobran hijos.  
Desde lejos, la esperanza  
va y viene por el camino,  
redonda, caliente,  
como rodajas de pan moreno  
Desde lejos  
por el camino...

**II**

Los recuerdo entre la lluvia,  
puerta afuera,  
con el silencio del pobre,  
el silencio  
que hace tiempo les salió al encuentro.  
Los recuerdo  
desde este pan que hoy tengo,  
que sin quererlo tengo,  
que no se ha ido ni viene  
con palabras, con mentiras,

como en ellos la esperanza  
de una calle y otros días.  
Mano en la tierra,  
pelo con tierra,  
pie sobre tierra,  
los recuerdo.  
Pero tierra de otros dueños,  
tierra ajena aunque se meta en las uñas  
y se meta en los ojos  
y se cuele con el frío y con el viento  
por las rendijas de los tablones.  
Como al borde del mundo  
el olvido los está viviendo.

111

Míralos:  
protesta callada son;  
esperando la palabra que aún  
no ha sido dicha,  
esperando el instante  
del pan y el trabajo y el amor  
en cada puerta.  
Hoy  
aún midiendo están la tristeza  
del día  
desde un sueño descalzo y tiritando.  
'Oh sueño antiguo!  
¿cómo entregarles, devolverles,  
cómo encenderles nuevamente  
la perdida inocencia de sus ojos?  
Verían el mundo entero  
entonces  
en un granito de arena,  
y el cielo azul,  
el cielo azul, azul,  
como un camino sin charcos.

## **EL CASO COLMOH**

**A RUBEN YACOVSKY**

En los pasillos de la Cámara de Diputados no se hablaba de otra cosa. En vano llamaban a los representantes del pueblo a sesión: nunca se lograba quorum. Algunos diputados propusieron, la única vez que el quórum fue logrado, que en caso de que el estado de cosas subsistiera, la Cámara debía decretar un eterno receso. Desde el punto de vista de la opinión pública, argumentaban esos primeros adelantados legislativos, las ventajas del eterno receso sobre el quórum inexistente, saltaban a la vista. Además —decían— ¡bastante tenían ya con el Caso Colmoh para distraer sus ocios!

Pero el receso no llegó a votarse. Ni siquiera él pudo mantener, en el momento definitivo, el principio de quórum.

Demás está decir, que en los restantes organismos del Estado ocurría algo semejante. Y en los Bancos. Y en todo.

Durante los últimos días llovieron quejas de todas partes pero, sobre todo, de los comerciantes. El público —decían éstos con razón— demasiado ocupado con el Caso Colmoh, se olvidaba de efectuar sus compras.

De la gente consagrada al mostrador, únicamente los dueños de bares y cafés y negocios de este tipo, estaban contentos. Los ciudadanos se demoraban del otro lado, consumiendo como nunca.

También los dueños de la prensa estaban contentos. Los diarios se vendían en forma desorbitada; los avisos aterrizaban en bandada.

Los avisos, claro está, por el momento no hacían marchar más aprisa las ventas de los negocios; ni siquiera contribuían a mantener las estacionarias. Los comerciantes —para consolarse— decían que los resultados de tanto dinero invertido en propaganda, se verían sólo después que se descubriera al asesino.

Ni siquiera el Deporte había escapado al estado de cosas. Entre los dirigentes, no tardó en hacerse camino la idea —dadas las alarmantes recaudaciones últimas —de suspender las actividades por tiempo indeterminado.

Las cosas del Hampa, tampoco marchaban mejor. Durante

esos días el Hampa llegó a conocer el receso. Ocupados con el Caso Colmoh, los Ladrones y Asesinos que iban a actuar en el correr de esa semana, no actuaron. Las excepciones, en vista del estado de cosas, sin embargo fueron muchas. De algunos lugares de la República —sobre todo en los últimos días— llegaron noticias que daban cuenta de pequeños robos, de pequeños asesinatos.

En ciertos círculos —muy bien informados— se afirmaba que “esos impacientes” no eran hombres íntegros sino gente demasiado rara; gente a quien la prensa oral y escrita no hacía mella alguna. Que fueran analfabetos o no, carecía de importancia. Nadie escapaba al Cuarto Poder —decían. Inevitablemente éste se hace sentir— por medio del contacto con los que no lo son— hasta sobre los analfabetos. Y, ¿unos y otros acaso no habían marchado siempre juntos en la República? Codo con codo se les había visto eternamente, en las calles, en los teatros, cines, cafés, bares, estadios; en fin, en todos los escenarios donde los tres poderes clásicos tienen por costumbre sentarse a deliberar.

No todo estaba perdido, sin embargo. En medio del general desastre, dos cosas se mantenían firmemente en pie: la Lotería y la Quiniela. Si bien el Juego —sostenían los técnicos— había disminuido un poco, no era cosa de alarmar.

Rumores dignos de crédito afirmaban respecto a los Garitos una situación semejante. Hasta el menos ambicioso —aseguraban— sobrellevaba con la frente alta el terrible “impasse” que el Caso Colmoh había desatado sobre todas las cosas de la República.

¡De toda la República!

Hasta el momento, las noticias llegadas de tierra adentro, no hacían más que repetir esa melodía. En verdad que la pesadillesca vibración de la metrópoli se había trasmisido hasta el último rincón, conmoviéndolo todo.

A partir del día quinto, los estados limítrofes, temiendo que la vibración rompiera el muro, resolvieron clausurar las fronteras.

Tropas de mar y tierra, apostadas en lugares estratégicos, noche y día trataban de ahogar con su propio estrépito a lo largo de las tortuosas líneas divisorias<sup>4</sup> la invasora estridencia del pequeño estado vecino.

Nada de todo eso tuvo resonancia, sin embargo, en la prensa de la República. Incontaminada, continuó como siempre dedicándole a El Caso Colmoh una, dos, tres y hasta todas sus páginas.

La Noticia —que precisamente había visto la luz dos días después de ocurrido el crimen— le dedicaba generosamente todas sus

páginas. *El Imparcial*, viejo conservador con pujos sinsombreristas, todas menos una. Algunos diarios que habían empezado tímidamente con una sola, ya estaban en todas menos dos.

*La Noticia*, en los últimos días empezó a lanzar ediciones extra con solo fotografías. El día séptimo, consecuente con ese innombrado afán de superación, *La Noticia* lanzó una segunda edición extra pero, esta vez, con solo texto.

Tantas fotografías se habían publicado de la casa del crimen, que la habían constituido en rampa de lanzamiento de un probable folklore futuro.

—¡Nueva Guerra de Troya de las futuras generaciones! —profetisaban en ciertos círculos.

—¡No respetan nada, nada! —protestaban algunos que, con un exceso de imaginación, por momentos se sentían miembros de la familia del millonario.

La biblioteca —donde el industrial había sido encontrado con el puñal clavado en el corazón— gozaba de parecida popularidad. Y lo mismo el jardín de la mansión. Y el puñal asesino. Y también la víctima, tanto en sus comienzos como capitán de industria como en el período —no tan posterior— en que aparecía diciéndole al cronista que lo entrevistaba que como capitán de industria había ya colmado el vaso y que, ahora, sólo esperaba poner un poco de orden en sus millones para retirarse y acabar su vida entre los ocios del golf y de la pesca.

No más de una semana iba transcurrido ya del Caso. Pero cualquiera hubiera dicho —sin ser desmentido— que iba transcurriendo un siglo.

La Policía, de todos modos, no andaba en pista alguna. Afortunadamente, decíase en esos medios, los diarios se mantenían aún en un plano de serena expectativa. No todos, claro. A partir del día quinto, se empezaron a notar, sobre todo en *La Noticia* y *El Imparcial*, ciertos indisimulables signos de impaciencia. Aunque perdidas en el maremagnun, los difundidos papeles lanzaban frases como: “La Policía hasta el momento ha estado bien. Pero, ¿hasta qué punto? ¿Hasta qué punto?”.

La desorientación cundió en los medios policiales fundamentalmente a partir del día tercero. A las cinco de la tarde de ese día —día paradojalmente de sol deslumbrante— se tuvo que descartar definitivamente una pista —según decían muchos— indeciblemente operante.

El pánico, sin embargo, sólo cundió el día quinto al recibir el impacto de la mencionada inquietud de la Prensa. ¡Es que ya no había

## Cuadernos de Mercedes

más nada que darle a las fieras! Un viejo capitán de industria que aparece muerto en su biblioteca; un hombre misterioso (según el mayordomo, de aspecto indecifrable: probablemente alto, pero tal vez ni siquiera eso; probablemente de siniestro rostro, aunque en realidad en una de esas resultaba anónimo; probablemente con una pata de palo, pero seguramente tan solo hambriento de una pata de cerdo o de un corazón de cerdo) que llega a la mansión poco antes del crimen y se encierra con la víctima en la misma biblioteca; el puñal que la víctima usa como cortapapel y que desaparece del escritorio; el mismo puñal que es encontrado enterrado en un arriate del jardín muy cerca del macizo de rosas de Jericó, todo eso, alcanzaba para una semana pero no para más. Los diarios, pues, no tardarían en hacerse oír. Entonces intervendría el ministro; luego tal vez interviniieran más ministros; saltaría el jefe; probablemente saltarían también algunos jerarcas menores, de esos que fácilmente admiten la calificación de estables; estables y puntuales conocedores de todo lo que la institución solicita. Pero, si de algo se trataba, precisamente, era de que gente de este tipo no saltara. Que los jefes cambiaran, que los ministros cambiaran, que los diputados no cambiaran nunca, eso a nadie importaba. Pero...

De todos modos, arriba y abajo cambios iban a haber. Sólo un milagro podría eludirlos. Convocándolo, desde ya, la policía, la del sector de la permanencia, también ella, durante los últimos días empezó a preocuparse menos de la solución del caso que de los probables cambios que una falta de solución traería por consecuencia. A partir del día sexto, absolutamente iluminados en ese sentido, en los medios policiales ya no se habló más del crimen Mientras toda la República estaba en eso, ellos estaban, por decirlo así, en una etapa superior. Mejor dejaban la ingrata tarea abandonada, en manos de los periodistas quienes, con un fervor relevante, todavía estaban viviendo en la etapa inferior.

Pero no solamente la policía estaba en eso. Innumerables jerarcas de los tres poderes clásicos movíanse en busca de un poco de superioridad. La República había sido conmovida con El Caso Colmoh. La República ansiosamente esperaba saber —a su debido tiempo— quién era el asesino. Si las autoridades no le daban, aunque fuera esa satisfacción, la República conmovida iba no a dejar de creer en ellas (quizá nunca creyó; ni siquiera cuando creyó más) sino a pensar con más fuerza que nunca lo que siempre había pensado. Urgía pues saber cómo manejarse dentro de los inevitables cambios que sobrevendrían. Los jerarcas pensaban que, cuando llegara el momento,

## Ariel Méndez - EL CASO COLMOH

las autoridades debían aprovecharse del asunto no en el sentido de aumentar su prestigio sino en el de conservarse en medio de la absoluta falta del mismo. Antes que nada se trataba de poder seguir flotando no ya sobre un abismo (un abismo al fin de cuentas era algo) sino sobre la no despejada incógnita de un pueblo. Esos jerarcas, pues, estaban ya volando; volando y juntándose a la vuelta del círculo, con los pequeños ladrones, con los pequeños asesinos de cuyas inexplicables fechorías se habían tenido noticia. La República seguía mientras tanto pendiente del crimen; ese crimen tan diferente y tan ruidoso, en todo comparable a los crímenes famosos que —según cuentan los viajeros— ocurren casi a diario en otros países más felices, que todo lo tienen.

---

## “Muchacho r”

### XXIV

Cuando tañe la campana  
hay un baldío que me apena;  
allí en la esquina cuando tañe la campana  
y adivino los lejanos rezos  
se yergue un basural en la mañana.

Queman las hojas del otoño  
a pocos pasos del recuerdo doloroso  
y el eco de la tristeza  
cuando tañe la campana.  
Será el bronce el llanto el bolso  
la joven caminando en la mañana.

### XXV

Los libros y las cosas se han unido,  
los niños, los alambres y las nueces,  
las orejas, los tristes y los ebrios,  
los sábados, las muchachas y los ojos.

Todo crece entre exclamaciones,  
la sangre, el sol, el verde fugitivo.

Como una caña, el viento se alza  
y cuida el huerto.

=====

## EN LA TERRAZA

Ahora es el silencio,  
es la terraza  
es la intemperie.  
En el sillón te miro.

La voz de Adán  
nombradoamadamente  
se siente entre las rocas,  
las arenas  
la planta  
el rojo mar.

Te quedas en la altísima terraza  
y arriba entre los árboles,  
suaves golpes de aliento  
como niños.

En la serenidad se agitan  
neciamente  
los tapices  
de luz  
y lento el amarillo desmorona  
construcciones estriadas  
hacia el ocre.  
Lejanísimo sobre el horizonte  
un relámpago fijo  
es por instantes  
apetito del mar  
verde,  
que espera tragarlo  
y para siempre.

Te quedas

## Cuadernos de Mercedes

o te vuelves al tugurio  
mugoso y negro en barrios  
del poniente.

(menos que las gaviotas  
los habitan,  
menos que la intemperie de las nubes  
menos que este silencio)

Señales sin sentido  
o para - humanas,  
cruzan entre mis dedos  
y aquel verde.

Ya rompieron el himen casi blanco  
de la aurora  
los gritos.  
El hambre sin salario.  
El humo lento que sube  
para una vez definitivamente ahora.

y allí va mi memoria.

### II

Señor tasador  
mi herencia actual,  
una terraza.

(Los brotes de bambú se alternan  
hacia el cielo,  
inundan el espacio de ocre claro  
y un verde silencioso,  
pudieran deslizarse las apliyas  
doradas por el aire  
y matar los avaros)

Señor tasador,  
veinte tumbas cabrían  
en esta terraza  
con suaves paramentos y escayolas y lemas.

Dos sillones de mimbre,  
el mío,

siempre inclinado hacia el noreste  
tapizado de lona  
verde y blanca,  
húmeda hacia el extremo que pudiera  
siguiendo la costura  
llegar hasta la beta Casiopea.  
Un extremo más sucio  
el de la risa.

Y otro sillón llamado ausente.

Una mesa  
y mantel,  
dos libros, cenicero. Señor Muerte,  
además hay una rosa,  
que camina ligera en la terraza  
con cetro y la corona  
rutilante  
de strass.

Y al único habitante te lo llevas.

### I I I

Entramos inconscientes en la Noche.  
Cae pesada y leve  
ahora  
en la terraza.  
Me muevo sin sonido  
y los rincones  
de fugitivos oros  
se limpiaron del vicio.  
Estoy solo y sombreado  
e inconciente me penetré de noche,  
casi indócil  
porque entrar inconciente  
es estar fuera  
fuera del tiempo y en la Noche.

## Cuadernos de Mercedes

Un mantel se sostiene sin algo,  
pesa abajo la mesa  
terca  
y dura,  
suctionando raíz en los mosaicos.  
Oh sombra. Un cenicero  
y el libro de Cervantes  
son nada en un mantel  
y en los ojos de un niño pudieran  
reflejarse.

Ahora, ¿qué pregunta no sería  
un sonrojo?

En la misma maceta  
el cobre de la aurora  
salió del vientre y reflejó el diafragma  
y música se llama  
Rombos( rombos de sombras  
sobre sombras,  
maceta como un alga a la deriva.  
El mar lejano está  
cortando la terraza,  
se acumula a las dunas  
sin espejear  
las nubes  
Extiendo mis dos manos de sombra  
hasta su sombra  
y penetra mi estría  
como un tallo en su fruta.

El mar puede moverse  
lo creo en la terraza,  
lo veo en la terraza.  
De mañana yo fuera una anécdota horrible  
que espanta  
su pesada movilidad de toro.  
Pero ahora está solo  
comiéndose otras sombras,  
se llega en el espacio,  
conserva todavía la forma del abismo.

## Jorge Medina Vidal - EN LA TERRAZA

De frente, paso a paso  
me pasa  
ya no miran mis ojos  
de la nuca.  
Ha llegado a mi cuarto  
y en mi cama  
está el mar. Todo es Noche.

### I V

La sombra observada  
y la sombra de los que bailaron en esta terraza  
y la sombra de altísimos pájaros marinos,  
las miro de un solo mirar,  
como una frase  
reveladora,  
que capta el oído y la continúa  
un portazo  
un sonido  
un ocurrir en un rincón  
silente.

Si te hablo en la tarde  
en la terraza,  
las palabras se llegan desde siempre  
y se unen a voces  
y a no - voces,  
a gestos  
y a no - gestos,  
intermitentemente como el tiempo  
habitado por hombres.

Por esta dura prueba  
—no estar solos—  
pasamos levemente.

La sombra observada,  
diez esferas de escasas dimensiones,  
violetas

## **Cuadernos de Mercedes**

y muy cerca del piso,  
un rombo que hace humo esa maceta  
y estrías que se reptan  
fatigosas,  
llamándome en los ojos  
su escasísima voluntad de misterio.

Su cosa de animal,  
su compañía de materia en el mundo:  
un solo grito  
fuera acaso el testigo que rodea  
¿pero quién temblaría?

Estoy solo en la tarde  
necia y muda.  
Estoy solo en la altísima terraza,  
entre pájaros, nubes y macetas,  
entre jóvenes sombras  
las que un día  
bailaron  
y se hundieron.  
Todo me mira  
articulando gritos  
inaudibles,  
y un verso fuera poco  
y un grito  
un desahogo que turbara  
esta tensa protesta concertada  
viril,  
desde el principio.

---

## LA NOVELA DE ESCANDALO

Una de las características más acentuadas de la novela de nuestro tiempo, al menos entre nosotros los argentinos, es el salto que a menudo dan sus libros desde la página bibliográfica a la de noticias policiales o tribunalicias. Claro que no es ésta exclusivamente una "condición de nuestro tiempo", ni sólo de "nuestro lugar"; se ha visto en otras épocas, en particular en el siglo XIX (el "siglo estúpido", como normalmente le llaman los moralistas empecinados) y hasta en Francia, —donde aún permanecen prohibidas algunas del marqués de Sade— quien, sin duda, ha batido todos los records de permanencia en el infierno literario delimitado por el derecho penal. Ello no quita que en la misma Francia puedan leerse libremente las de Jean Genet, ahora miembro de la Real Academia de Bélgica, y que Sartre, Moravia y Cocteau, consideran uno de los más grandes novelistas de hoy, como lo es, pero cuyo permanente tema de la unisexualidad ha sido tratado con un realismo a menudo chocante y desagradable que, por cierto, hubiera espantado al sádico marqués.

Pero, en verdad, ¿qué es el escándalo? ¿Qué es lo que produce escándalo?

Creo que el más indicado para responder a estas preguntas es Roger Peyrefitte, sin duda alguna uno de los grandes escritores y espejo de Calibán de nuestro tiempo; cuya obra tiene, es menester reconocerlo, marcados altibajos como la de todos los verdaderos creadores. Sobre él se han concentrado las luces de todos los reflectores de la crítica literaria y hasta política para otorgarle la hoy tan preciada aureola de "escritor de escándalo".

Conocí a Roger Peyrefitte en 1952 y confieso que no me atreví (acaso por ese "deslumbrado candor" que me otorga Carlo Cocciali, en su "Diario", o por "ese humor, bastante cruel en el fondo bajo su aire indulgente", que me concede Francis de Miomandre, en "Hommes et mondes") a hacerle la pregunta que, en 1955, le lancé casi en ex—abrupto:

—¿Es verdad que usted ama el escándalo? ,

—Sí —me contestó, cambiando apenas su expresión que, acaso, se ha vuelto más sonriente y despectiva—, muchas personas dicen que amo el escándalo; pero vea usted lo que sucede: hay ciertos

temas que siempre han rehuído los escritores, que no se han atrevido a tocar, pues bien, yo lo hago. Lo hago con sinceridad y nadie podrá decir que los trato de una manera escandalosa. Jamás he escrito nada pornográfico, detesto la pornografía literaria.

En 1957, Peyrefitte me parece más encanecido pero sin envejecer: su espíritu sigue lozano (nacido el 17 de agosto de 1907, en la cronología literaria europea es "un joven escritor"). Al revés de la mayoría de los escritores su cordialidad aumenta con la nombra-día. En este tremendo mundo literario de París, donde todos luchan por lograr un puesto y donde se llega a muchas bajezas para alcanzar la gloria, todos, sin excepción, aún los más rencorosos habladores, elogian la generosidad espiritual y material de Peyrefitte. Los mi-llores que le producen sus "libros de escándalo" no sólo se transfor-man en obras de arte para su colección, sino en silenciosa ayuda para muchos artistas.

Vuelvo a repetir la pregunta; sin la menor vacilación responde:

—Decir que amo el escándalo es una forma, como cualquier otra, de decir que amo la verdad; porque la verdad siempre produce escándalo, pues los hombres no están acostumbrados a escucharla; pero lo que me place en el escándalo que practico es darle como lí-mite los del arte. Lo cual impide a mis obras llegar a ser escandalosas en el mal sentido del vocablo, pero les permito serlo en el sentido estético del término. En consecuencia, me parece que el escándalo es-tá en la raíz de toda obra realmente nueva, porque la novedad siem-pre produce escándalo; también, en toda obra que pretenda ser be-llo, pues la belleza produce escándalo, y en toda obra que pretenda reformar la sociedad. Y bien sabemos nosotros que, contra tales obras, siempre se coligan el conformismo, los prejuicios y la hipocresía. Una obra que causa escándalo lo causa a los hipócritas.

En el tono de su voz de 1957 hay una certeza desconcertante, sus palabras tienen algo de bofetada. Ardor de combatiente en plena lucha y que ha sido lanceado de todos los costados. Toro embande-riado.

—Y ya que en esto estamos —le digo— ¿qué piensa de la maledicencia?

—La maledicencia es una conversación de salón, una habla-duría; el escándalo, en cambio, para volver a esa temible palabra, pertenece a un rango más alto; es por esto que habiéndome limita-do a mí mismo por medio de las reglas del arte, evito la maledicencia pero no el escándalo.

Mientras almorzamos en un restaurante del barrio, le hablo

## **Abelardo Arias - LA NOVELA DE ESCANDALO**

de nuestros novelistas jóvenes, y me contesta:

—Nada puede haber de más exultante para un hombre de nuestro tiempo que escribe y vive su época, que el pensar que “allende los mares”, como suele decirse, su propia raza está representada por hombres que viven y escriben; que son ellos también los testigos de su tiempo y, a veces, hasta los inspiradores y los correctores o reformadores, en la medida que posean el coraje necesario, porque retomando nuestro tema, no origina escándalo, ese escándalo que merece el nombre de tal, quien quiere sino quien puede. Termina diciendo que “permanezcan orgullosos de ese nombre de latinos, que en el mundo turbulento de hoy representan una de las palabras que conservan mayor sentido y mayor grandeza.”

Cuando en diciembre de 1961, vuelvo sobre el tema, Peyrefitte me contesta, con serenidad de hombre que ha ganado el combate:

—La moral es una cuestión que siempre se plantea a mi respecto, ya desde mi primer libro. Recuerdo que Francois Mauriac (el más grande de los “testigos”, de los escritores, de “los católicos que escriben” en Francia, agrego yo) cuando publiqué “Las amistades particulares”, me dijo entre elogios que me tocaron vivamente, que “no hay temas prohibidos”. Así pues, desde mi primer libro, he tratado un tema pretendidamente prohibido. Debo decir que, aún sin desearlo, cada uno de mis libros toca un tema prohibido. No concibo la literatura sin “temas prohibidos” y créame que siempre los encontraré. Y bien, ¿es esto el escándalo, la inmoralidad? No, porque yo trato esos temas prohibidos como moralista. De cada uno de mis libros se desprende una moral que, evidentemente, no es la moral común, la moral vulgar y sobre todo la moral de los hipócritas; porque son estos los que siempre hablan de moral. Es, según yo creo, y no soy el único en creerlo, la verdadera moral de que hablaba Pascal, esto es, la moral que se burla de la moral.

Al abandonar su casa, recuerdo una frase de Henry de Montherlant: “A la gente le gusta hacer cosas sucias pero que les hablen de cosas muy morales”. Entre nosotros no siempre es así. Sonríe al recordar que durante una fiesta me han preguntado: ¿Pero cómo es posible que hayas escrito “El gran cobarde”, esa novela tan escandalosa? Y, a poco, oigo narrar un cuento con palabras tan soeces que hubieren ruborizado al protagonista de mi novela.

Somos un país de “apariencias”, en todo; un país en el cual es necesario cuidar “la sala” sin importarnos de lo restante. Es así como nuestras novelas pueden clasificarse como “novelas con o sin sala”.

## **SALVACION POR EL VERANO**

Los cables centelleantes de este impar mediodía  
se tensan en mi cuerpo, continente desnudo.  
Sobre la piel,  
la arena imparte lavas de breve orilla.  
El toldo azul del aire  
descorre bocanadas de tórrida caricia.

Con deleite salino oigo el mar cómo arriba  
con blanco pie sonoro a un prado de oro húmedo.  
En lo alto una gaviota suspende su cruz cauta,  
de candidez perfecta. En hilos erra el aura  
de un alga, blando náufrago en su lecho de espumas.

Tajante el sol con lenguas ofuscadas  
fulge en la tez triunfales avenidas.  
Cada rayo con barca fundente  
ancla en el firme muro de mis miembros  
y dora en sus colinas enseñanzas celestes  
cuya clave la piel desentraña y estima.

Culmina en gloria el alto instante veraniego.  
Se aligera el contorno coronado de luz;  
cunde un pueblo soñado de azul y de deslumbre.  
De pronto, el tiempo cesa.  
Lentos, hondos, los bronces del verano  
lo avisan con candente campanada.  
Todo se fija, y quema en su fijeza.  
Mi cuerpo, vuelto médano, se anula con el éxtasis.  
Ausentado, ni un músculo contesta.  
La voluntad depone sus caldeadas banderas.  
El pensamiento corre telones  
como auroras vagas. La sangre,  
fulgurando libre, riela.

## Milton Schinca - SALVACION POR EL VERANO

Nada declina ya, ningún ocaso  
trabajará en la oculta madeja de los cuerpos.  
Todo en la carne esplende como soles:  
reinan músicas, risas de niños interiores  
celebrando  
tal estado de fiesta inatacable.  
Ligero como espuma el cuerpo en gracia  
se desgrana en el aire irrepetido,  
se disipa en carrera de oro y átomos.

¡El tiempo derrocado! Nada empañá  
la pompa del ungido mediodía.  
¡Oh qué perfecta edad el cuerpo alado,  
ya indeleble pradera de delicia!

## LITERATURA VIVA

La vida humana no es una novela, un drama o una alegría. Tan excesiva, tan abrumadora ha llegado a ser la "literatura", especialmente en los países culturales, que un hombre común y hasta un intelectual cree que se puede captar, mediante los libros, una visión verídica de las realidades, una expresión inmediata de las mismas,

La mayoría de los autores abarcan y limitan la vida en ciertos marcos convencionales, desarrollando la acción según ciertas reglas, ciertos principios éticos o normas estéticas que deben constituir la unidad y la bellaza de la obra de arte. Y muchos, muchísimos lectores perseverantes, insaciables como maníacos, se apartan así de la vida real, contemplándola a través de los anteojos coloreados de los sentimiento generosos o mórbidos, de los lentes que aumentan o deforman los vicios siempre combatidos y las virtudes consagradas por la moral pública. Tantos literatos, y de los más célebres han llegado a "conocer" la vida humana más bien por los libros y aun solamente por los libros. Demasiadas son las obras literarias, y de las máspreciadas, plasmadas con el material de otras obras literarias; hasta la naturaleza está descrita según otras descripciones de la naturaleza; y el hombre está llevado de un suceso a otro, cual un muñeco atado a los hilos del titiritero que sabe de antemano qué va a hacer su "héroe", qué debe sentir y pensar, y dónde tiene que triunfar o morir en su derrota.

Esta literatura florece más en tiempos de abundancia ociosa, de cómoda molicie, en que el bienestar de la civilización se extiende como un velo multicolor sobre los arrabales y las fábricas en donde se agotan las muchedumbres, estafadas en su trabajo y mantenidas en esa esclavitud de la que brotan las riquezas, como las flores hermosas pero enfermizas que arraigan en podredumbres. La primera guerra europea, y luego la segunda guerra mundial, con sus trastornos catastróficos, con sus tragedias colectivas y con la depreciación de todos los valores artiguistas, han desparramado también las montañas de maculatura literaria, que se levantaban, obsesionantes, en los ámbitos de la cultura occidental. La vida se ha librado de las normas ficticias

del libro. El lector se ha encontrado, sin quererlo, ante la vida misma, y tuvo que defenderse y resistir con sus propias fuerzas. Los buenos espíritus literarios se mostraron en toda su ineptitud: ya no amparaban a los virtuosos y no castigaban a los malvados. Las leyes de la vida son distintas a las leyes de la moral literaria.

Ante esta evidencia, muchos rechazaron el libro, para vivir, eso es, para luchar en el entrevero social, penetrar en la humanidad multitudinaria que los rodea y en la naturaleza siempre exigente pero fructífera. Del hecho de que después de la guerra se lee menos que antes (y no sólo por la carestía de los libros y por la competencia del cine y la radio) algunos se apresuraron en concluir: ¡época anticultural! Es anticultural por otras razones: económicas, técnicas, políticas, deportivas, etc. (sobre las cuales no tenemos que insistir aquí). El libro de antaño, de los "clásicos", ya no atrae al lector apurado. Por otra parte, los verdaderos **literatos de la vida** son todavía escasos, para poder enfrentarse con la legión de los fabricantes de literatura.

La literatura viva, —analítica o descriptiva, psicológica o social— tiene la misma característica esencial: veracidad, y la misma ley: el dinamismo. ¡La verdad y el movimiento! Palabras surgidas de lo hondo, de todos los empeños y afanes; gestos determinados por las necesidades, acciones impuestas en las luchas sociales. Ya no es el cómodo ordenamiento de cierto tema o "argumento", con efectos calculados y desenlace previsto. Es más bien una sucesión de episodios, frecuentemente en dominios contradictorios (como es la vida) acontecimientos imprevisibles, hechos espontáneos (igual que los de la vida); y expresados en frases breves o peroraciones que estallan de las tormentas del alma, o sentencias que se desprenden de la conciencia humana cual las manzanas maduras.

Por esta transposición febril pero inalterada de las realidades —lo que no es mero "naturalismo", "verismo" o fotografía literaria— los tipos humanos aparecen en toda su evidencia, vivientes y a la vez representativos. Las figuras que sobrepasan a las multitudes medianas, se perfilan por sólo algunas palabras o algunas "proezas". El Hombre, con su heroísmo de todos los días o con sus dramas epocales, con sus mezquindades y bestialidades pero también con sus nobles aspiraciones, no influídas y moldeadas por modas literarias. La verdadera sustancia y meta de la literatura de postguerra (y de siempre) es la humanidad misma, con su planeta adornado con ciudades que palpitan como corazones, con inmensas fertilidades, con desiertos a la espera de la invasión de las máquinas. Esta literatura

## Cuadernos de Mercedes

está buscando la esencia humana en el más humilde individuo y también en el “superhombre”; penetra en todos los escondrijos de los sufrimientos y felicidades, y anhela hacia todas las victorias forjadas con las herramientas meticulosas, persistentes o con el espíritu clarividente, en solidaridad creadora con las fuerzas eternas.

Los literatos de las nuevas generaciones no son, no pueden ser meros artesanos de la pluma, sino hombres que saben ver y penetrar la vida antes de describirla, que luchan con la vida antes de glorificar un triunfo, que sienten y conocen los innumerables vínculos con sus semejantes de cerca y de lejos, y a los cuales ofrecen sus obras, los libros, de igual modo que el árbol se deja despojar de sus frutas por el sediento caminante...

Este cuento de Juan José Morosoli pertenece a su libro póstumo "Tierra y Tiempo" (1959). Con la inclusión de esta narración y del comentario que lo acompaña, "Cuadernos de Mercedes" quiere tributar su homenaje al escritor minuano, de cuya muerte se cumpliera un nuevo aniversario en el pasado mes de diciembre.

## DESTINO

Cuando vió el monte que marginaba el arroyo, pasaba frente al boliche. En la enramada había ya tres o cuatro hombres observando los toros. Eran cinco rústicos cuadrados de gordos.

—Seguí vos hasta el pastoreo... Yo no demoro, —le dijo al negro que lo acompañaba.

Era un hombre joven, de perfil recio, bien vestido y bien montado.

Se acercó al mostrador, pidió una caña, convidó a uno de esos "aposentados" de boliche —que de haragán ni se había movido a mirar los toros— y preguntó:

—¿Qué distancia habrá hasta la estancia de "El Francés"?

—A lo de don El Francés habrá cuatro leguas cortas o tres largas...

Siguieron algunas preguntas más con sus repuestas, cuando Olmedo dejó caer ésta:

—¿No hay unos Almadas por aquí?

—Hubieron pero se fueron yendo...

—¿Todos?

—Yo conocí dos: don Pedro y María... Ya ni los huesos le quedarán... Se ahorcaron los dos: padre e hijo.

—¿Buenos vecinos?

—Buenos. Malos para ellos... Mucha pulperia. Mucho juego... Gente que no veía venir las tormentas...

—Destinos.

—Pues...

Alzó galletas y dulce de membrillo. Pagó y partió rumbo al pastoreo. Ya de cabeza caída porque María era su madre.

Cuando llegó al pastoreo ya había recorrido toda su vida. Recordaba que había visto algo raro en la casa aquel día que lo llevaron para lo de un vecino. Cuando salió vio ocho o diez hombres... Después —dos o tres días habían pasado— vino la madre y se lo llevó lejos. Lejísimo. Estaban en un rancherío con un hermano de ella. Después fue de peón-

## Cuadernos de Mercedes

cito a una estancia. Después nada. La madre se fue con el hermano...

—Me he hecho hombre sin saber cómo... ¡Fíjese cómo es la cosa!...

Desensillaba. El negro ya había acercado la carne al fogón y le alcanzó un mate.

—¿Taba bien?

—Sí. Tres o cuatro leguas...

Soltó el caballo. Y se quedó allí, mirándose las botas. Luego, sin ordenar el recado —los pelegos tirados por allí—, sin sacarse el poncho, se acucliyó. Callado.

El negro lo miró y luego de una pausa preguntó:

—Pero, ¿hubo algún inconveniente?

—Por?...

—Por nada...

Pero bien comprendió el negro que algo había pasado en el boliche.

---

El campo se tendía en colinas ondulantes con algún cuadrado de arboleda de aucaliptus. Los animales caminaban contra la luz poniente, lentamente, buscando las aguadas ocultas tras las suaves elevaciones.

Había fumado dos o tres cigarros en silencio cuando —incapaz ya de aguantar sus propios pensamientos y el mutismo lleno de esperas del negro— exclamó:

—Campos tristes!... ¿No te parece?

—Sí...

No dijo más el negro. Pero pensó: "Campos tristes no hay. Hay campos buenos —gramillados, engordadores— o campos ruines... ¡Pero campos tristes!".

Ya no tuvo dudas de que en el boliche le había pasado algo al compañero.

---

Regresaron. Pero Olmedo volvía ya con la vuelta pronta. Volvería a lo de El Francés que le había hecho una proposición muy buena.

Iban llegando a la estancia desde donde había partido con los toros cuando el negro preguntó:

—Total... ¿Le gustó la convidada pa irse pa allá?

—Sí y no...

El negro no preguntó más. Bien sabía él que algo inconcreto —misterioso, pensaba— se llevaría al hombre. Algo que había comenzado en el boliche.

"Porque uno anda sin que el destino se acuerde de uno, hasta

## Juan José Morosoli - DESTINO

que un día lo encuentra, se acuerda de uno y...”.

Seguro, el destino se había topado con Olmedo.

El Francés era un hombre bueno como el pan, que un día le dijo a Olmedo “que él le había gustado porque era un hombre bueno para amigo de un viejo sin hijos”.

Cuando Olmedo volvía del trabajo lo encontraba siempre con el mate pronto para empezar.

—Pero, patrón, —decía— no se olvide que el mimoso da más trabajo que el pícaro...

El Francés sonreía bondadoso.

Bajaba la tarde y subía la noche.

Una conversación llena de silencios y estrellas les endulzaba las horas.

El Francés iba sacando de adentro su alma de padre frustrado y a Olmedo le empezaba a nacer una como niñez que nunca había conocido.

Dos o tres veces se había parado frente a aquel canelón negro que estaba solo, cortado, a media cuadra del monte. Era un árbol raro, dramático.

“Enojado con el monte”, —pensó un día Olmedo.

Y otro:

“Enfermo”...

Mostraba la corteza llena de manchas seniles, trozos medio curvados, como bordes de conchas. Algunas ramas parecían secas y sin embargo en el extremo mostraban algunas hojas que parecían escamas sucias. Algunos agujeros del tronco mostraban la saña de los pica-palos. No tenía ni nidos ni claveles del aire. Era un árbol que estaba solo., mostrando su soledad rencorosa y triste.

Aquella tarde El Francés lo vio detenido frente al árbol.

Al otro día montaba para la recorrida cuando El Francés ordenó a un peón:

—Lleve el hacha y corte el canelón negro.

—¿Cuál? ¿El separado?

Olmedo no pudo reprimirse:

—¿Por qué lo corta? —preguntó.

—Se está secando... Es viejo...

—No, patrón... Dejeló...

Montó y partió.

Cuando volvió, el árbol estaba aún de pie.

## Cuadernos de Mercedes

Enojado o enfermo.

Volvía del entierro de El Francés.

Llegó a la casa con la noche, y se tiró en el galpón en un montón de cueros.

Fumaba cigarro tras cigarro.

Los demás dormían definitivamente, cobrándose de la noche anterior en que habían velado al muerto y del día lleno de conversaciones, aguantando a pie firme.

Olmedo salía al portón. Desde allí miraba la noche ciega de astros. Sin voces, sin perros —también dormían totalmente como los hombres—, sin nada vivo.

“Como si El Francés se hubiera llevado todo con él” —pensó.

Salía al portón Olmedo. Desde allí miraba la puerta abierta de la pieza donde había vivido y había muerto el hombre. Se acercó a ella. Miró hacia adentro. Entró. Se sentó en una silla. Fumó.

Después salió despacio hacia la noche.

Al otro día lo encontraron.

Pendulaba en el canelón, como antes lo habían hecho los Almadas...

## **En torno a “Destino” de J. J. Morosoli**

Luego de leído este cuento e iluminando cada detalle con la luz que se desprende del conjunto, es decir, cuando pesa todo el avance y el desarrollo cuidadoso sostenido por el autor, y pesa el final, y pesa también —y mucho, en este caso— el título, se hace evidente una atmósfera fatalista que desde el comienzo lo envuelve. Hay como una fuerza oscura que, en todo, está arrastrando a Olmedo, y Morosoli aprovecha toda oportunidad para el avance y el despliegue de esa fuerza ciega que amenaza y ronda a Olmedo desde el principio. La radiación expresa del negro que lo acompaña— con no importa qué pretexto lógico— es el primer síntoma, como si quisiera apartarlo de su intimidad, alejarlo de lo que considera sólo asunto suyo y que sólo a él concierne. Hasta ahora siempre había estado solo, por otra parte;

## En torno a "Destino" de J. J. Morosoli

por eso es lógico que su primer enfrentamiento ante ese "destino" que desde ya, oscuramente, lo presente como nada tranquilizador, no quiera, tampoco, compartirlo con nadie. Y si primero siente como un miedo inconfesado de conocer la verdad —puesto que espera a lo último para "dejar caer" la pregunta decisiva— una vez que siente los primeros síntomas del vértigo, ya no se detiene. Insiste; es como una complacencia dramática; quiere conocer más detalles de la vida de esos Almada que vivieron allí, Pedro y María, padre e hijo, y de quienes el bolicero acaba de informarle que se ahorcaron los dos. "Destino" responde Olmedo, finalmente, como si pensara en voz alta, como si por primera vez desnudara su pensamiento y proyectara su propia interioridad. Ningún otro comentario, ninguna explicación, nada que denote, cómo han obrado en él las palabras del bolicero; Olmedo defiende su intimidad de toda mirada extraña. Será recién cuando se encuentre a solas que Olmedo ha de exteriorizar su reacción: iba ya "de cabeza caída" —dice Morosoli— "porque María era su padre". Aquí nosotros, como Morosoli, podemos decir que también él "deja caer" esta frase. Y la deja caer con toda intención puesto que hace culminar así esa especie de carga fatal que venía apuntando y graduando desde el comienzo del cuento. De la "recorrida" que, con el recuerdo, hace Olmedo de toda su vida, sólo le quedan, como saldo final, imágenes de soledad y abandono: una soledad tremenda, absoluta, y el sentir la vaciedad total de su existencia. "Recordaba que había visto algo raro en la casa aquel día que lo llevaron para lo de un vecino. Cuando salió vió ocho o diez hombres. Después —dos o tres días habían pasado— vino la madre y se lo llevó lejos. Lejísimo. Estaban en un rancherío con un hermano de ella. Después fue de peoncito a una estancia. Después nada. La madre se fue con el hermano...". Ya se nos está dando la explicación del desarraigo de Olmedo, desarraigo que parte desde su niñez. Olmedo, despojado de ella demasiado pronto, se encuentra ahora, al recorrer su vida, con su raíz cortada. Y más aún ahora que sabe que María, su padre, fue un suicida. Sí; a través del recuerdo llega Olmedo a ahondar en su vida y recuperar del olvido su niñez; pero, ¿qué es, realmente, lo que recupera? Un horizonte que nada positivo aporta a su intimidad, por eso en vez de sentirse más íntegro, más pleno, se siente sin raíz. Lo que Olmedo rescata en su evocación dolorosa es sólo un vacío, el vacío que le dejara su desolada niñez, sin afectos, sin calor humano.

De ahí que su futura amistad con El Francés sea un todo para él. El Francés "hombre bueno como el pan", concentra en su risa bondadosa, en su comunicación hecha de silencios más que de pa-

## Cuadernos de Mercedes

bras, en su alma de padre frustrado, el resorte maravilloso que accione para que a Olmedo "le empiece a nacer una como niñez que nunca había conocido".

Olmedo, afectivamente, está ahora en manos de El Francés; pero es una sujeción suave, reconfortante como una caricia, como si se acogiera a un calor maternal. Porque adivinamos en Olmedo un ansia escondida de cariño, un deseo de dar y recibir afecto humano. Lo necesita; lo estaba necesitando. Y ahora que lo ha hallado se entrega totalmente a él. Pero, ¿por qué antes no había ocurrido eso mismo con el negro? Es que el negro es un ser simple, poco profundo, que actúa a la manera de "testigo impasible" de cuanto ocurre a Olmedo; asomémonos a su pensamiento cuando Olmedo dice "campos tristes": "Campos tristes no hay. Hay campos buenos —gramillados, engordadores o campos ruines... ¡Pero campos tristes!..." El negro está a su lado pero no está con él; es simple compañía física que no logra salvar el abismo espiritual que se abre entre estos dos seres.

Gracias a la amistad de El Francés se siente en Olmedo una disminución de esa angustia tremenda que lo envuelve y lo trasciende a su llegada a esos pagos: más aún: que le provoca la noticia de la suerte corrida por los dos Almada, porque hasta el negro, impermeable a otras sutilezas, se da cuenta de ello. Pero algo inquietante también sabemos que quiere ir haciendo crecer Morosoli: que en adelante es posible lo peor. Entregado Olmedo y dependiendo del afecto de El Francés, necesitado de su bondad, de su ternura, bastaría con suprimir esta razón vital de su existencia para que esa "posibilidad de lo peor" que apuntáramos, se torne certeza. Olmedo, junto a El Francés, ha tomado conciencia de sí mismo; junto a él revive su propia naturaleza, se abandona a su espontaneidad; esa amistad le asegura valores humanos hasta ahora desconocidos. Olmedo no se ha curado aún del todo —semejante a ese canelón negro, el separado, que parecía enojado con el monte"... "o enfermo"— pero en él iba aflorando la esperanza, iba reconstruyendo, de a poco, "esa como niñez que nunca había conocido". Y de pronto siente que todo eso, bruscamente, brutalmente, termina. Termina con la muerte de El Francés. La vida de Olmedo, el alma de Olmedo, han quedado ahora como detenidas: "Como si El Francés se hubiera llevado todo con él" —pensó. Y Olmedo lo siente; han quedado detenidas y como suspendidas de algo: prendidas al recuerdo de El Francés; muertas, desamparadas, pendiendo de ese recuerdo igual a como penderá su cuerpo, más tarde, del canelón negro.

Cuando asistimos al regreso de Olmedo del entierro de El Francés, Morosoli quiere hacernos familiarizar con una especie de

## En torno a "Destino" de J. J. Morosoli

vértigo. Intuimos que algo "grande" debe ocurrir, algo que esté en relación con el dolor que siente Olmedo. Por eso la muerte de éste no es sorpresiva ni sorprendente; no la sentimos como una desmesura en el personaje. Y pensando en los mecanismos que mueven un buen cuento hasta es posible afirmar que podríamos muy bien haberla sentido venir. Es muy cierto que los extremos se tocan. Así, todo estado de alma, por contraste, puede suscitar en nosotros la visión opuesta del contrario. Algo vital, casi pleno, un como camino de vida se había abierto para Olmedo desde que conoció a El Francés; no digamos un exceso de vida, pero sí una vida nueva, distinta. La vida, ahora, lo rondaba. ¿Por qué no decir, entonces, que también la muerte lo rondaba? Pero Olmedo, embarcado en su propia aventura, no puede darse cuenta de ello. La muerte de El Francés lo enfrenta de golpe ante una posibilidad que no había previsto: por eso le cuesta convencerse de que sea verdad. Y lo que siente ahora, más que soledad, es desolación; en él se da aquéllo que dijera José Ma. Pemán: "El alma que está sin alma". Morosoli, al hacer morir al amigo, mata espiritualmente a Olmedo mucho antes de darnos su muerte definitiva; es una muerte que le llega desde adentro; es un "estar muriendo" más que morir.

En Olmedo va creciendo una dimensión trágica de la que no puede sustraerse porque en esa noche fatal, "ciega de astros" asiste a la muerte de su propia alma. Ha descubierto de pronto la conciencia de su propia limitación. Puesta en su camino la inefable compañía de El Francés y luego bruscamente privado de ella, ha quedado ahora más solo que antes. Olmedo, definitivamente, ya no puede reconciliarse con el mundo; entonces, "salió despacio hacia la noche. Al otro día lo encontraron. Pendulaba en el canelón, como antes lo habían hecho los Almada..."

En un desesperado intento por eludir la realidad, Olmedo se destruye a sí mismo. Siente lo exterior como una invasión dolorosa de la que no puede sustraerse y a la que tampoco puede suprimir. La realidad lo cerca, lo agobia; el mundo entero se le torna anonadante; y ante la imposibilidad de aniquilar al mundo, el único camino es destruirse a sí mismo.

Por otra parte, sentimos como si Olmedo hubiese estado ya predestinado para la muerte que tuvo; como si todo, inevitablemente, no hubiera tenido otra función que acercarlo a ella. Parece querer decírnos Morosoli que Olmedo no hizo más que realizarse, cumplir un destino que le estaba reservado, que lo venía persiguiendo lejanamente desde el primer Almada que apareció pendulando en el canelón negro.

A. V. M.

v

$$(\mathcal{O}_X^{\otimes n})^* \cong (\mathcal{O}_X^{\otimes n})^* \otimes \mathcal{O}_X^{\otimes n}$$

$$S^2 = \frac{1}{2} \sum_{i=1}^n S_i^2$$

$$S^2_{\mathcal{O}_X}$$

$$f\circ f^{-1}=f\circ g$$

v

## Noticia de los autores

CARLOS SARATSOLA nació en Mercedes el 4 de enero de 1939; casi toda su niñez transcurre en Dolores pero luego vuelve a su ciudad natal, ya como estudiante de Preparatorios para Derecho. Pasa luego a Montevideo, donde cursa algunos años de Facultad, al tiempo que colabora con artículos periodísticos en diarios de la capital. Actualmente reside en Mercedes. El cuento que aquí insertamos es el primero que publica.

ARIEL MENDEZ nació en Rocha alrededor de 1920. Publicó su primera novela "La encrucijada" en 1950, siguiéndole luego "La ciudad contra los muros" (1961) y "La otra aventura" (1962). Reside actualmente en Montevideo.

RUBEN YACOVSKI nació en Montevideo en 1930. Ha publicado "Los Sencillos" (1945), "Claroscuro" (1956), "La calle cero y otros poemas" (1960). Es director de la Revista "Aquí Poesía".

JORGE MEDINA VIDAL nació en Montevideo el 4 de marzo de 1930. Licenciado en Letras por la Facultad de Humanidades y Ciencias, actualmente es profesor de Enseñanza Secundaria. Obra poética publicada: Cinco sitios de poesía (1951), Para el tiempo que vivo (1956), Las Puertas (1962), Por modo extraño (1963), la mayoría de ellas premiadas por el Ministerio de Instrucción Pública. Es autor además, de varios ensayos aparecidos en ediciones de la Universidad de la República, y de diversas monografías y colaboraciones en distintas publicaciones.

MILTON SCHINCA nació en Montevideo en 1926. Participó activamente en el movimiento teatral independiente desde 1947 y desde 1959 desempeña la crítica teatral en sucesivos diarios y periódicos de la capital. Publica su primer libro en 1961, "De la aventura" y colabora en distintas revistas nacionales y extranjeras.



# Aquí Poesía

Publicación Bimestral

EDICIONES

Director: RUBÉN YACOVSKY

Mercedes

Veracierto 1870 - Ap. 6

---

COLABORE CON  
año 1952

## "Cuadernos de Mercedes"

HAGASE SUSRIPTOR

Un año (tres números) \$ 15.00

Correspondencia y valores a:

Eusebio E. Giménez 620

Mercedes - Uruguay

Adm. Poetas

Propagación Pionera  
**“Cuadernos**

Dirigido a RUIZ AGUARZ

**Mercedes”**

Periodico 1850 - Año 6

aparece tres veces al año

“Cuadernos de Mercedes”

HAGASE SUSCRIPCIÓN

**Precio por ejemplar**

**\$ 5.00**

Periodico E. Cimenes 6 20

Méteo - Uruguay



